

Reportaje al carbón



ALFONSO ALCALDE

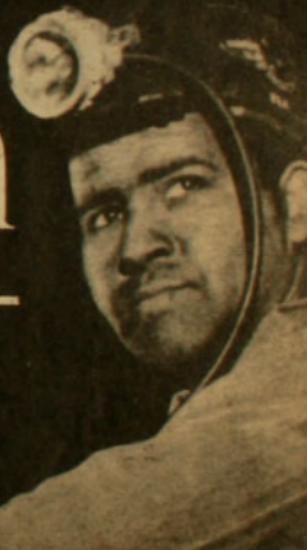
**NOSOTROS
LOS
CHILENOS**

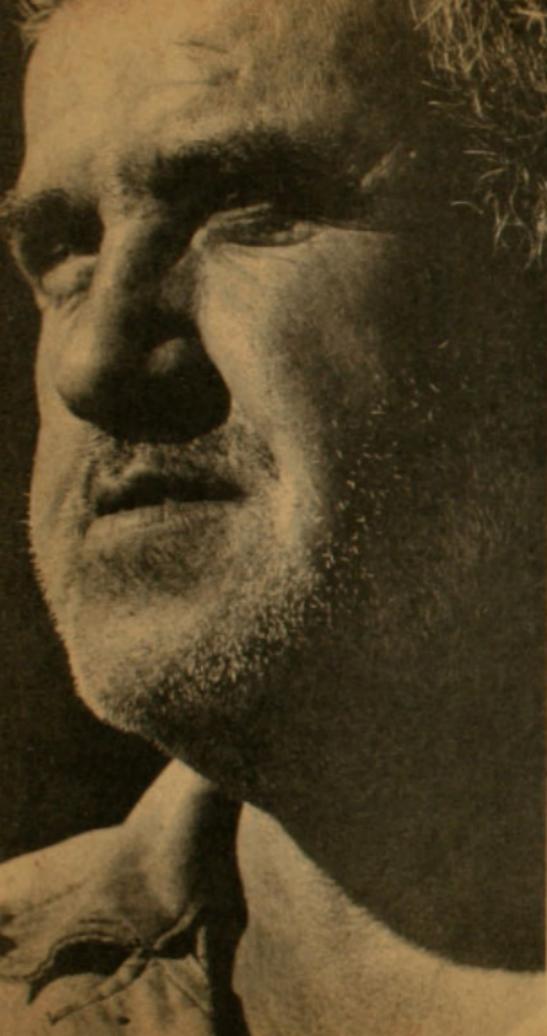


Portada: Mario San Martín

Reportaje al carbón

ALFONSO ALCALDE





"Quedaron los mineros y los carabineros frente a frente. El compañero Silva se tomó la bandera poniéndola por delante como si se fuera a envolver su cuerpo con ella para evitar la provocación, pero igual lo balearon con bandera y todo."

"Y las balas pasaban al lado mio diciendo chuiii, chuiiiii, chuiiiii. Y era la primera vez que yo oía las balas y se encajaban en la muralla. Después apareció la canción diciendo que habían muerto tres hermanos por pedir un pedazo de pan. A tiros y sablazos los mataron."

Leonila Aravena Chamorro narrando un hecho sangriento ocurrido en Lota el 7 de octubre de 1946.

Esta es una sencilla historia narrada por los propios mineros del carbón, por sus mujeres, sus dirigentes y técnicos. Es una versión directa de sus existencias y sus trabajos, captada a muchos metros en la profundidad de la tierra, avanzando kilómetros con el mar encima de la cabeza o al aire libre, en sus casas, en los pabellones, en los piques o en los bancos de la plaza pública. Hemos escarbado en sus recuerdos y por eso la ira aflora violentamente en algunos casos al revivir los años de la traición, las injusticias, las hambrunas y la violencia implacable de la naturaleza. Este reportaje es el testimonio de una larga lucha colectiva, el desafío de miles de hombres, mujeres y niños que después de ser casi esclavos lograron emanciparse contra la explotación de sus patrones a través de la orga-

nización política consciente y responsable. Ahora, por fin, son dueños de su destino. Se ha respetado la gran dignidad del lenguaje popular en algunos de los entrevistados, entendiéndolo que muchas veces quisieron expresar más de lo que esas palabras significaban para mostrar cómo fue el tremendo derrotero de sus vidas. Como lo recuerda María Inostroza, una de las tantas víctimas de Gabriel González Videla: "Ellos querían sepultar nuestros cuerpos y nuestras ideas en una fosa común. Yo le dije al oficial: 'Están equivocados porque de nuestros cuerpos enterrados van a brotar árboles y de los árboles nidos y ramas y de las ramas frutos y esos frutos vamos a ser nosotros mismos, pero repetidos todavía más veces, muchas más veces. Y por eso no nos van a acabar nunca aunque nos fusilen'.



Testimonio del músico Luis Alberto Barra Faúndez, que también fue arrenquin de mayordomo, huachero, contratista, señalero y camillero, y como si fuera poco, tocó en la banda del circo, trabajando además de herrero y calderero.

La historia mía es muy larga. Yo fui muy entruso cuando chico. Organicé la banda de la juventud. Compramos doce cajas, quince pitos y ése fue el compromiso con el compañero Medel de salir a tocar en las concentraciones, en los motines como los llamábamos nosotros. Fue en el año 1938, cuando fue elegido don Tinto Pedro Aguirre Cerda. Coronel tampoco tenía banda entonces, ellos nos mandaban a llamar a nosotros para avivar la cueca en las concentraciones. Nosotros éramos muy entusiasta: y partíamos. En ese tiempo teníamos un buen guaripola, un tal "El Palomo", de apellido Venicio Ortiz, buen gallo, de figura derechita. Yo le enseñé las figuras que se

llaman luciaduras moviendo la guaripola de un lado para otro y tirándola p'arriba. La gente aplaudía. Después se nos empezó a echar a perder porque los amigos lo llevaban a tomar trago. Era muy popular "El Palomo" y los cabros lo llegaban a seguir por las calles.

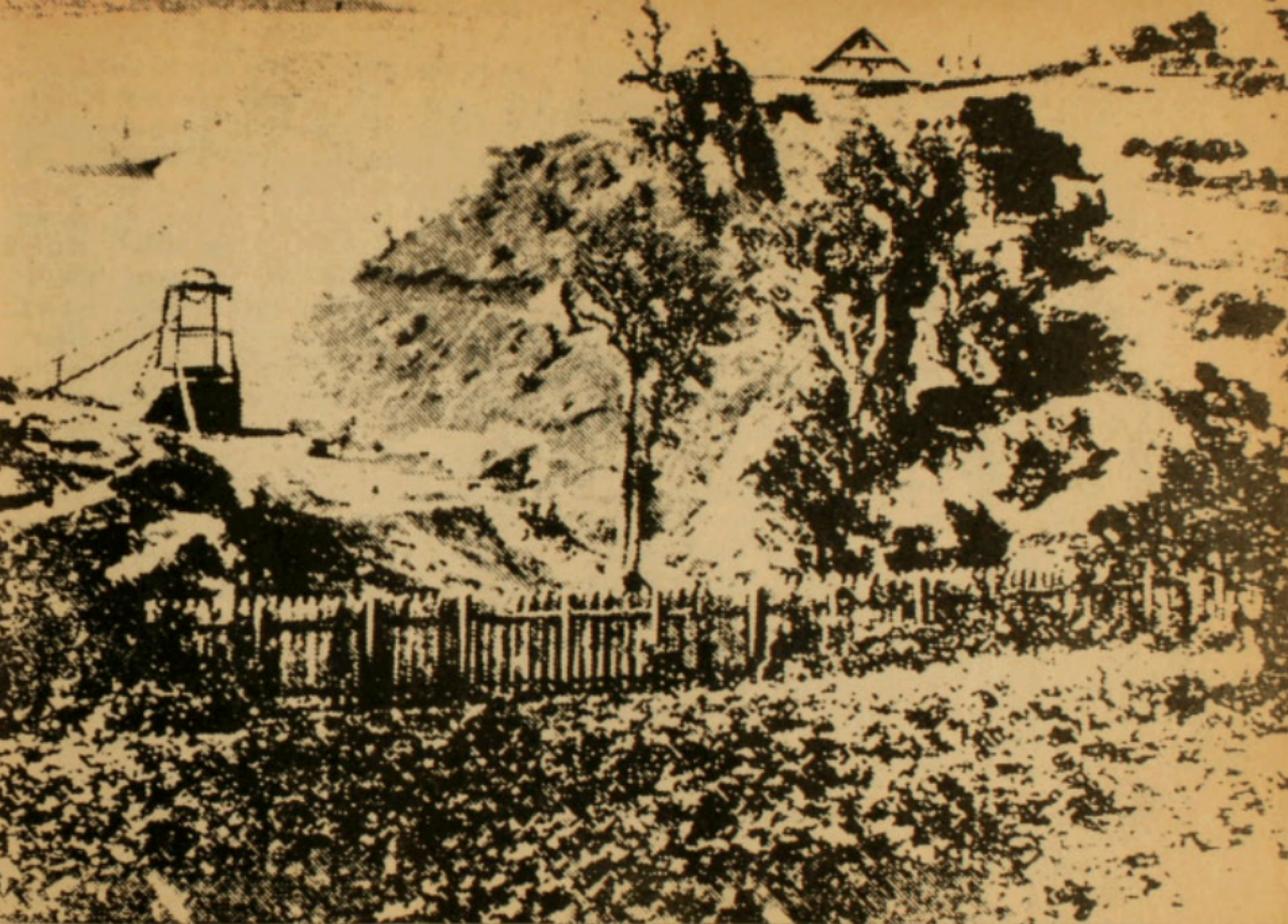
Yo empecé a trabajar en 1919 en Lota con el cargo de arrenquin del mayordomo, que era don Silverio Oñates Winnett, en un laboreo que se llamó 26 de Mayo en el Pique Grande. Había un corriente y una media hoja. En la media hoja se descubrió una chica y en el corriente una veta alta. Yo trabajé en esas dos vetas: alta y chica. Recuerdo que nos pilló una huelga tremenda. Primero

se hizo un gran mitin y después se paró todo el mundo. Fue un 12 de octubre, el mismo día que hay una fiesta. La huelga duró 96 días, 12 horas y minutos, y nos mandaron a cambiar a Playa Blanca. Los mineros se concentraron en primer lugar en la cancha de fútbol, después la compañía no les aguantó que se quedaran en ese lugar. "Ustedes son desalojados", nos dijeron. Entonces llegaron los matones y nos dejaron sacar las puras cosas pa dormir y el resto no lo dejaron sacar porque ésas eran las órdenes que traían ellos. Llegaron desalojando a mi papá. Lo único que logramos sacar fue las camas, las puras camas, pero los asientos no. Después le echaron llave a todas las casas. ¿De dónde sacaría tanto candado la Compañía? ¡Todos para afuera, pa Playa Blanca!

Mi papá y otros compañeros armaron el vivac ahí donde está Pueblo Hundido, en la punta que hay en el puente. La Compañía, como era prepotente, tenía grandes pulicias en ese tiempo, había pulicias propio de ellos. Entonces la concentración de todas las familias de los mineros, que eran como 13 mil almas más o menos, se extendió desde Pueblo Hundido hasta llegar a La Loma de las

Palomas, que está a la entrada de la Playa Negra, y ahí se levantaron las grandes tribunas. Ahí llegó un compañero estudiante de Puerto Montt y la compañera Delfina González, y la otra fue María Ferrada, y el otro, el viejito Quevedo. Tenían mucha facilidad de palabra y ellos nos tiraban por alto la moral con sus discursos. Ahí estuvimos nosotros toda la familia de los Barra, mi tío Tiburcio, mi tío Alfredo. Pusimos una sábana con otra y armamos una carpa por caso que lloviera, pero por suerte sólo cayeron unas nubaitas a lo lejos. Parecía que en la playa estaba un gran circo lleno de carpas por todos lados. Entonces nosotros pusimos piedras para que no nos entrara el viento, todos los cabros se encargaron de poner las piedras.

En ese tiempo estaba el Partido Democrático de Malaquías Concha y el Partido Socialista, donde militaba el compañero Sepúlveda. En el Partido Comunista sólo había 80 militantes, pero después que pasó la huelga aumentaron los que estaban con nosotros. Para celebrar el triunfo se hizo la gran concentración en la Plaza Latorre de Coronel. Llegaron mineros del Buen Retiro, Puchoco,



Un p.que de mira en 1853. Las tierras fueron compradas a los mapuches, engañándolos. Lirguén costó \$ 58 y Puchoco \$ 400.

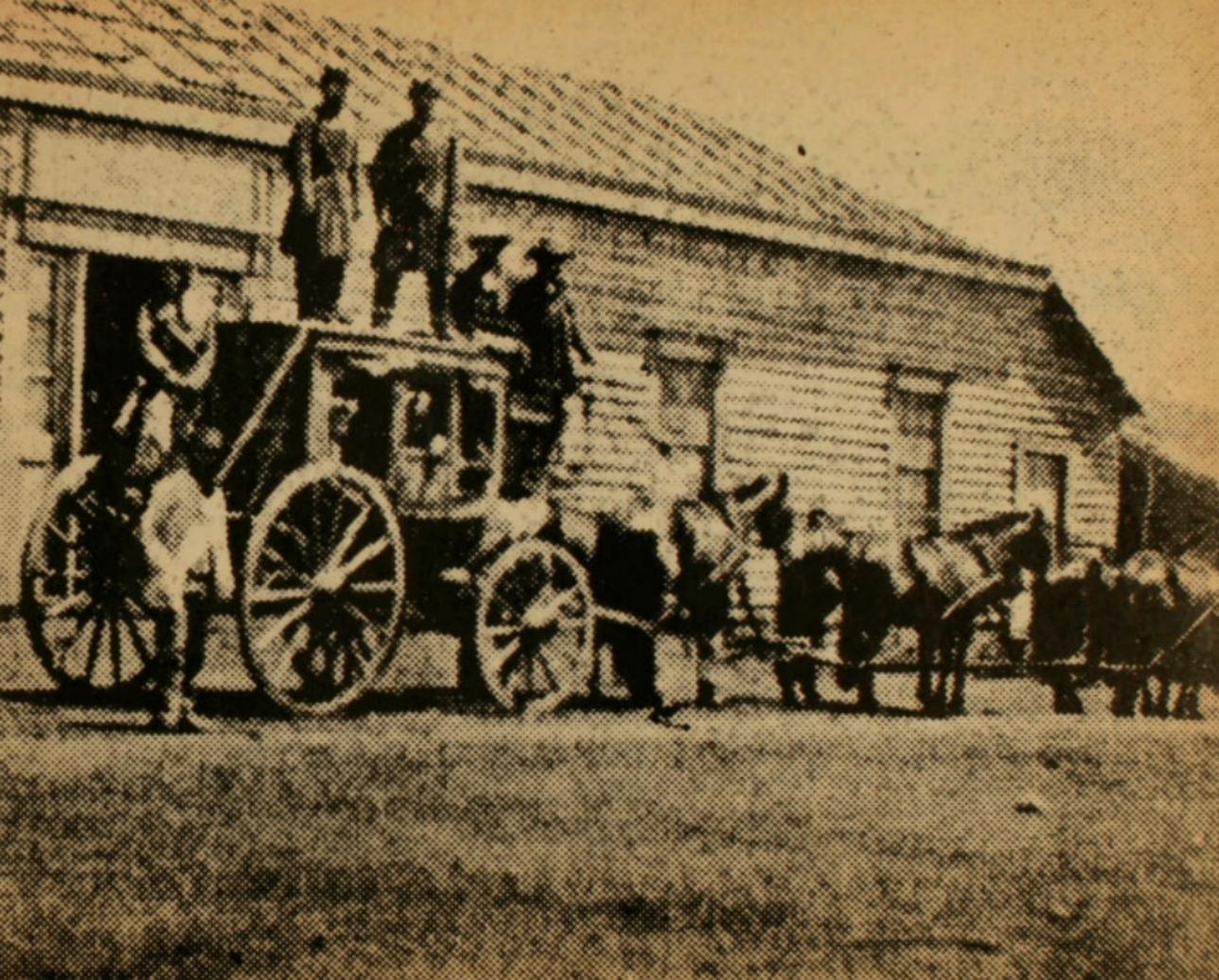
Maule, Lo Rojas, Lota, Curanilahue; todas esas minas se concentraron ahí.

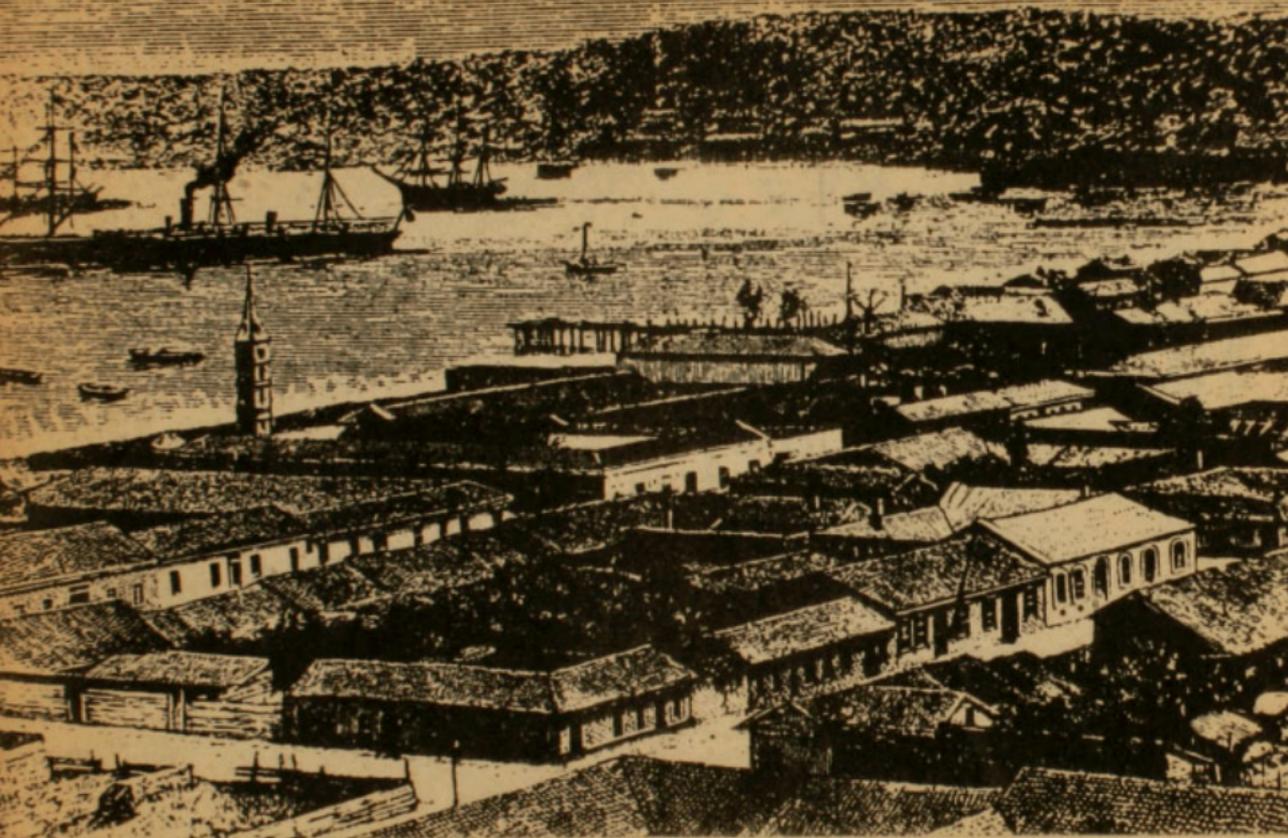
Yo tenía como quince años cuando observé varias masacres en la plaza del pueblo de Lota y en otros lugares. Nunca se me va a olvidar una masacre rotunda que vi con mis propios ojos. Se trataba de una partida de fútbol. Había una señora vendiendo empanadas y alguien le compró el canasto entero y se armó un enredo por el vuelto. En eso llegó un carabinero y empezó la discusión hasta que se armó una toletole y empieza el tiroteo. Al escuchar los disparos la gente que estaba en el teatro, que quedaba muy cerca de la cancha, salió corriendo. Unos corrían por un lado y otros por otro y al mismo tiempo le achuntaron a uno que venía saliendo del teatro, que resultó ser el viejito Bourdé y que era empleado municipal. Murieron como siete, pero la Compañía se encargó de echarle tierra al asunto.

En otra ocasión, en el año 1924, el 14 de agosto, cuando yo participaba en una orquesta estudiantil, un piquete de carabineros rodeó la Plaza de Armas. El pueblo se había reunido para plantear una serie de problemas que se venían

arrastrando desde hace mucho tiempo. Y un general de Carabineros de apellido Arriagada ordenó desplegarse y abrir el fuego. Dispararon de los 46 fusiles que estaban en manos de los carabineros en contra de ese pueblo. Corría la sangre por el medio de la plaza. Era la sangre de los que fueron Juan Segundo Chambecco, obrero municipal de oficio barrennero; el comerciante de pan Juan María Gutiérrez y el cartero Carmelo Astudillo, y un lustrador de botas, el niño Bernardo Valenzuela, y el cura párroco Agapito Pinto Aldunate. Una bala atravesó un árbol de la plaza y llegó a la ventana de la iglesia y le hizo un hoyito de bala adentro donde estaba bautizando, la cual bala también impactó en la cabeza del cura párroco, entrándole por la sien derecha y le salió por el oído izquierdo.

Yo estaba como a una cuadra y me atrincheré en un rondón de fierro que usaba la Municipalidad para aplanar las calles con adoquines. Los familiares lloraban por sus parientes mientras los ofensores se reían después de la masacre ordenada por la compañía feudal. Era el gerente de la Compañía el señor Manuel Ovalle.





Coronel 1891. Algunos historiadores sostienen que debe su nombre al coronel Francisco del Campo. Otros, en cambio, se lo adjudican a un misionero de la época del gobernador Oñez de Loyola.

Testimonio del caballero Esmeraldo Espinoza, de 71 años de edad, 40 veces abuelo y 8 veces bisabuelo, que también se desempeñó como apir y cabo, jubilando como barretero.

A los diez años bajé a la mina en Collico Norte. Era un poblado chico donde trabajaban 200 personas. Yo entré trabajando en la superficie y ganando 70 centavos al día. Cuando bajé me aumentaron a 80 centavos. En ese tiempo no había juguetes ni ninguna cosa en que podía gastar la plata un niño como yo era. No se conocía el caramelo. Para el 18 de septiembre la administración repartía unos paquetitos con pastillas y naranjitas. Yo no estuve en la escuela por trabajar. Aprendí a leer cuando hice el servicio militar en 1920. Aprendí poco, muy poco, con muchas faltas a la ortografía, porque se puede decir que aprendí solo a leerle y escribir. En ese tiempo el trabajo en las minas era muy duro. Se trabajaba a la

bruta, a puro pulso no más. Se trabajaba las 12 horas, y el día sábado, los que trabajaban en el día, trabajábamos el día y la noche, y los que bajaban el domingo por el día trabajaban también las 24 hasta el lunes. Nos mandaban la canasta, la loza como se le llamaba. Era una ollita chica con comida, café, así. La echaban en los carros p'abajo. La cazuela de ave era el plato más socorrido por en esos tiempos, porque cada cual criaba sus gallinitas, no faltaban los huevos y eso era una garantía para uno.

Nos poníamos un casco en la cabeza que era hecho de suela por nosotros mismos, y ése era la única protección. El resto de la ropa era de saco de bolsas y con ojotas, que también eran de cuero

de animal. No se trabajaba con zapatos como ahora. La lámpara era de aceite. Se puede decir que era como un chonchoncito que iba en el gorro. Así que uno tenía que bajar el aceite por cada turno y cuando se trabajaba las 24 había que llevar para los dos turnos.

Trabajé en muchas minas en Collico, en Plegarias y aquí en el Chiflón en 1917. Trabajé de apir al llegar a Lota. Había pocas casas. Yo pagaba pensión en Lota Alto. Me daban la comida y el alojamiento. Entonces existía la cama caliente. Resulta que el que trabajaba en la noche (porque a veces uno tomaba pensión donde había metidos tres o cuatro en la mina) tenía que dormir de día y después el que trabajaba de día tenía que llegar a acostarse en la noche, por eso le pusieron las camas calientes. Apenas si quedaba el tiempo para cambiarle las sábanas de vez en cuando. En Collico se manejaba poco vino, sólo en algunas casas donde también se tocaba la guitarra en los días de pago. También se contrataban las cantoras, que eran las encargadas de ponerle color a la situación. Cuando se pagaba los tres meses, el minero se tomaba tres días de descanso pa tomar v farriar. El hombre pa tener una mu-

jercita en esos tiempos tenía que salir a los campos pa ver si le tocaba una campesina, que eran bastante tentadas de la risa. Escaseaban mucho las mujeres sin compromiso.

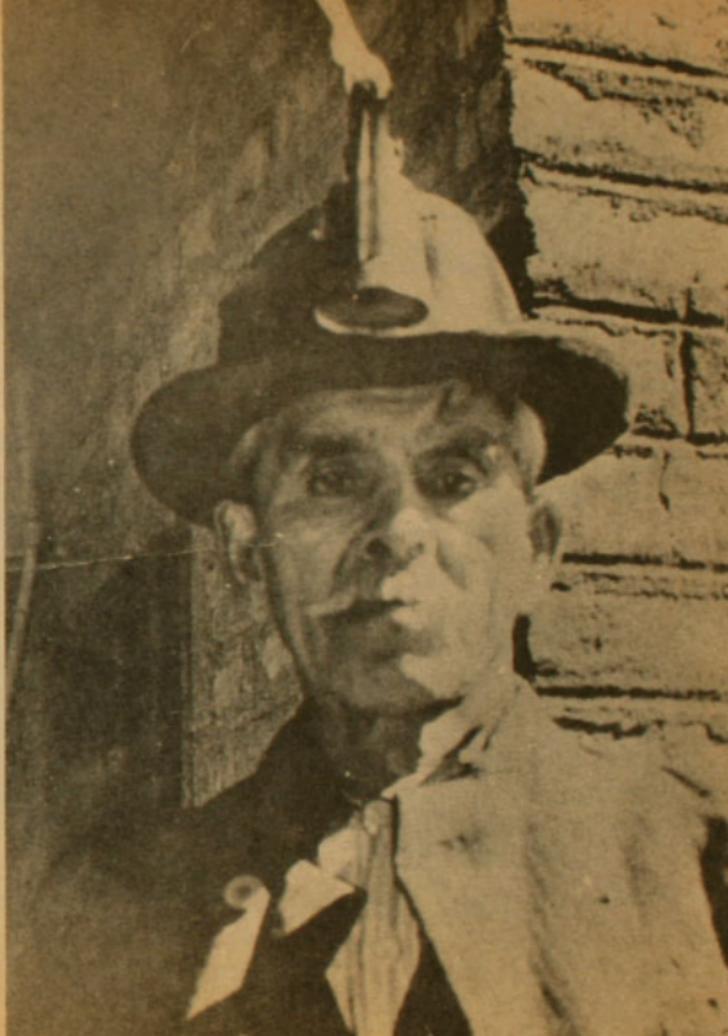
En 1917 el litro de vino costaba 20 centavos. En los prostibulos las botellas de tres cuarto costaban un peso, pero con eso se pagaba también a los músicos o el gasto de la vitrola vieja, de esas que tenían una tremenda oreja y donde ponían los discos.

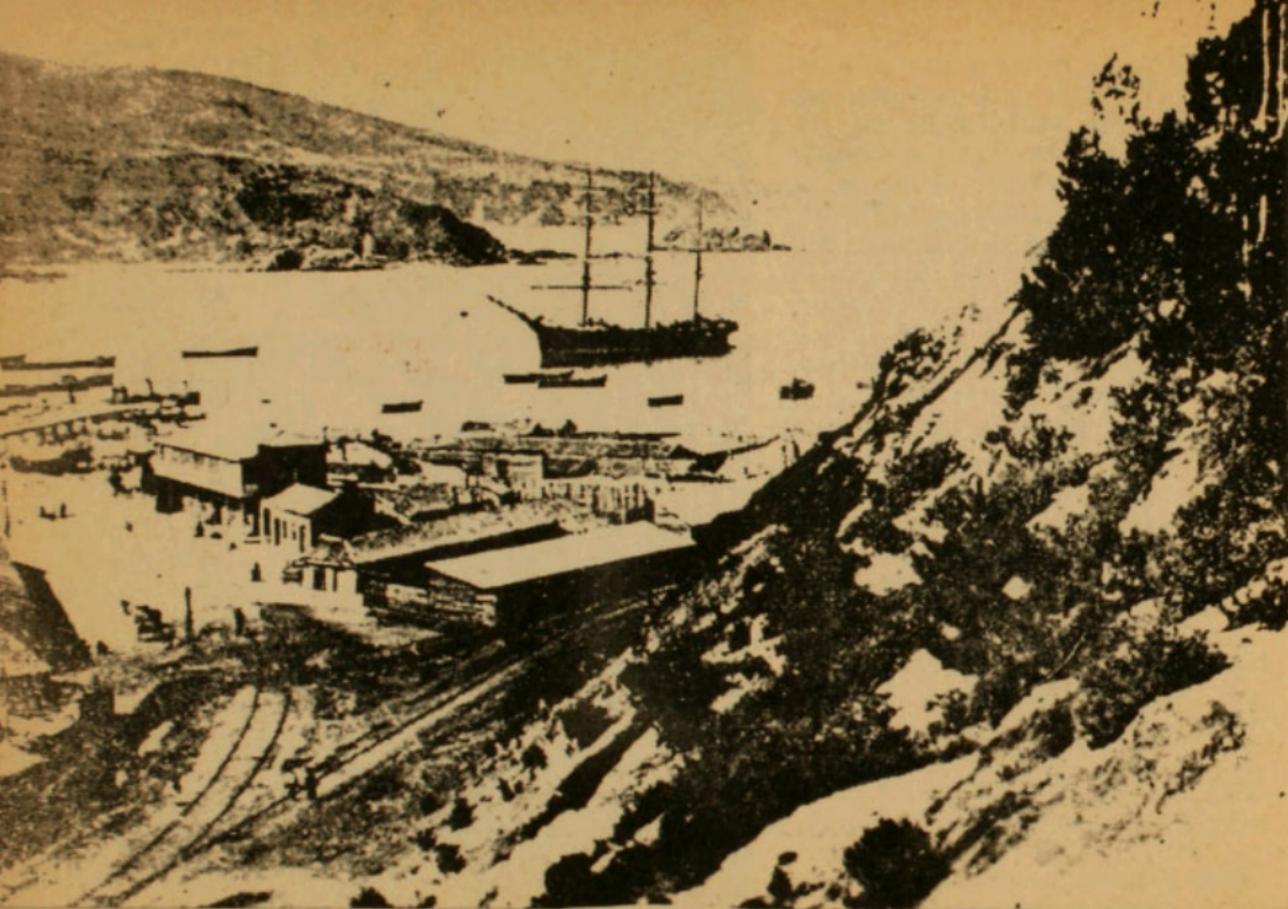
Una vez me pilló un tiro de tosca. Me escapé por milagro porque nadie sabe por qué no convenía que yo terminara. Quedé herido de una pierna. Estuve a punto de hacerme pedazos. Al final del turno venían las últimas descargas y se me quedó un tiro que se vino a la boca; entonces yo tuve que cargarlo de nuevo. Entonces se produjo el estallido. Las piedras de tosca llegaban a volar hasta 200 metros. Eran verdaderos cañonazos. Perdí el conocimiento y cuando volví a darme cuenta ya estaba en el hospital. Estuve tres meses sin poder regresar al trabajo.

Ahora tengo un hijo hombre y cinco mujeres. El hijo me salió minero. Una hija está en Santiago y tiene once hijos

y los bisnietos va deben ir sumando como nueve. Hav gente de familia que está lejos, en Mulchén, en la capital, en Talcahuano. Uno de mis hijos fue relegado de aquí el 47 a Santiago y de ahí se levantó y se vino por la costa y estuvo trabajando por el Portal de Menque. Ahí fue dirigente sindical y ahí también lo liquidaron por orden del traidor Gabriel González Videla. En ese tiempo, como aún estaba vivo el finado Santos Medel, a él le tocó tomar algunos datos, y él mismo me dijo que a mi hijo lo había muerto la policía.

La antigua lámpara de aceite que sólo alcanzaba a alumbrar los pies del minero. En 1862 la población total de Lota era de 5.000 habitantes. La mayoría de ellos habían emigrado de los campos.





Bahía de Lota Bajo, en 1892, que fue habilitada como puerto por decreto del 28 de marzo de 1854, elevado a puerto menor en 1873. El 30 de noviembre de 1881 se le concedió el título de ciudad.

Nuevos testimonios de Luis Alberto Barra Faúndez, donde narra cómo era la vestimenta de su época de juventud y el jolgorio cuando se producía el pago de los tres meses y el deporte de los cuchilleros y las peleas a combo limpio en el muelle viejo.

Un día mi papá —cuando yo tenía dieciséis años— me dijo: “Vas a ir donde el maestro Rosas pa que te enseñe la música, y toques algún instrumento para que te ayude a ganarte la vida”. Mi papá me pidió a mí porque yo había estado tocando en la banda de la juventud. Me entregó al maestro Rosas, que era de nacionalidad peruana y director. Nos sacaba la contumelia, pero aprendimos a tocar el instrumento. Yo me aficioné por el trombón. En ese tiempo, en 1924, todas las mujeres usaban el vestido más abajo de la rodilla, u sea la pantorrilla. El hombre se vestía de sacos de harina, especialmente los pantalones. Con eso andábamos nosotros. Mi tía Olivia, co-

mo le pegaba a la tintadura, los teñía de verde, de distintos colores, y así andábamos achutaditos los días domingo. Las mujeres andaban con un moñito aquí. Las mujeres también usaban la mochila. A las que eran gorditas le hacían una mochila para que entonces en las concentraciones todas las guagüitas fueran a las espaldas de las mamitas mientras ellas iban marchando.

En ese tiempo, cuando los mineros querían concentrarse para discutir problemas laborales, llegaban los Húsares de la Muerte que se ganaban en el camino angosto donde corrían las puras carretas. Por ahí trajinaba la caballería de los Húsares, los de Manuel Rodríguez, y por el

otro lado, la tropa de Infantería. El Andino, que antes se llamaba el Lautaro, ése se iba por la playa vigilando, siempre al cateo de la laucha. El otro regimiento lo mandaban a Curanilahue. Se ubicaba en la parte donde está el Puerto Viejo todo lleno de militares. ¿No ve que la Compañía tenía mucha fuerza? Ella mantenía el regimiento. La Compañía tenía una casa de abastecimiento donde guardaba de todo: la harina, la carne y la grasa. Por la zona también llegaban las compañías de algunos artistas, especialmente la de Alejandro Flores, que era el más conocido de todos, con su obra *Paz en la Tierra*, y se pegaba unos recitados después que caía el telón. Yo iba con un hermano mío y entre los dos copiábamos los versos y después los aprendíamos de memoria pa recitarlos en las fiestas y nos aplaudían a rabiar.

Lo mejor era el día de los pagos. Entonces llegaban los organilleros y las putas que venían hasta de Santiago y los vendedores. El minero compraba de todo, desde zapatos de charol hasta ternos negros. También llegaban los cogoteros, los que se encargaban de robarle la plata a los borrachos. También existía el deporte cuchillero. El que era güeno pa la cu-

chilla las tenía todas. Se nombraban padrinos y se tiraba el duelo. Por celos de las mujeres. Por cuestiones de plata o de amor propio. Silbaban las cuchilladas. Se tajaban y también se mataban. Esto era en 1921. Pero después los cuchilleros fueron desapareciendo y apareció la gallada güena pa los combos. Los más famosos boxeadores de esa época fueron el zambo Espinosa, el guatón Ruminio que también se la podía, el huaso que venía de Carampangue, don Fermín Mendoza, que tenía patada de mula. Combo que pegaba, el enemigo se mandaba al suelo, de espaldas el loro. Peleaban a puño limpio al ladito del Muelle Viejo, mostrando las compañolitas con el puro calzoncillo. Peleaban hasta que uno de los dos se caía dos veces y se sentía muy machucado. Entonces decía: "No peleo más", y se retiraba.

Corría la plata, las apuestas. Usted me pregunta cuánto duraban esas peleas. No tenían horario. Se pegaban y se pegaban hasta que uno de los dos entregaba la oreja y se rendía.

Aquí había varios prostibulos y yo me contraté en uno de ellos pa tocar el instrumento. ¿Cómo iba a mandar a la calle a vender pan a los cabros? Le dije a



la camarada: "Yo me voy a mortificar, hija". Salía de la pega y tocaba ahí de lunes a jueves. Tocaba hasta las 3 de la madrugada en el cabaret y después pasaba a la casa a buscar el manye y bajaba a la mina. A veces me iba con la caña, otras no. Tenía mucha familia encima y había que responder.

Las chinganas más famosas eran la del chueco Roberto y la Yolanda. La Yolanda me pagaba bien y me decía: "Oye, maestríto, ¿por qué no vienes a soplar por estos lados?" Ella tenía seleccionada la clientela y por eso le llegaban puros capitanes de buques y hasta doctores que entraban derechito a los reservados. Ahí sí que había buen ganado, pero era caro. Había un living grande para el baile. Los músicos tocábamos en una especie de balconcito. También se comía en el salón-restaurante. Nosotros éramos seis en la orquesta. Estaba el pianista Magallanes, Rodríguez, tocaba yo, Negrete que le hacía al banjo, Sepúlveda tocaba el bandleón y el trompa lo soplaban Pincheira. El conjunto se llamaba orquesta jazz. Ahora esa orquesta no existe. Ahora sólo toca un pianista, un violín y nada más. Al cabaret lo bautizaron como "El Tifoso".

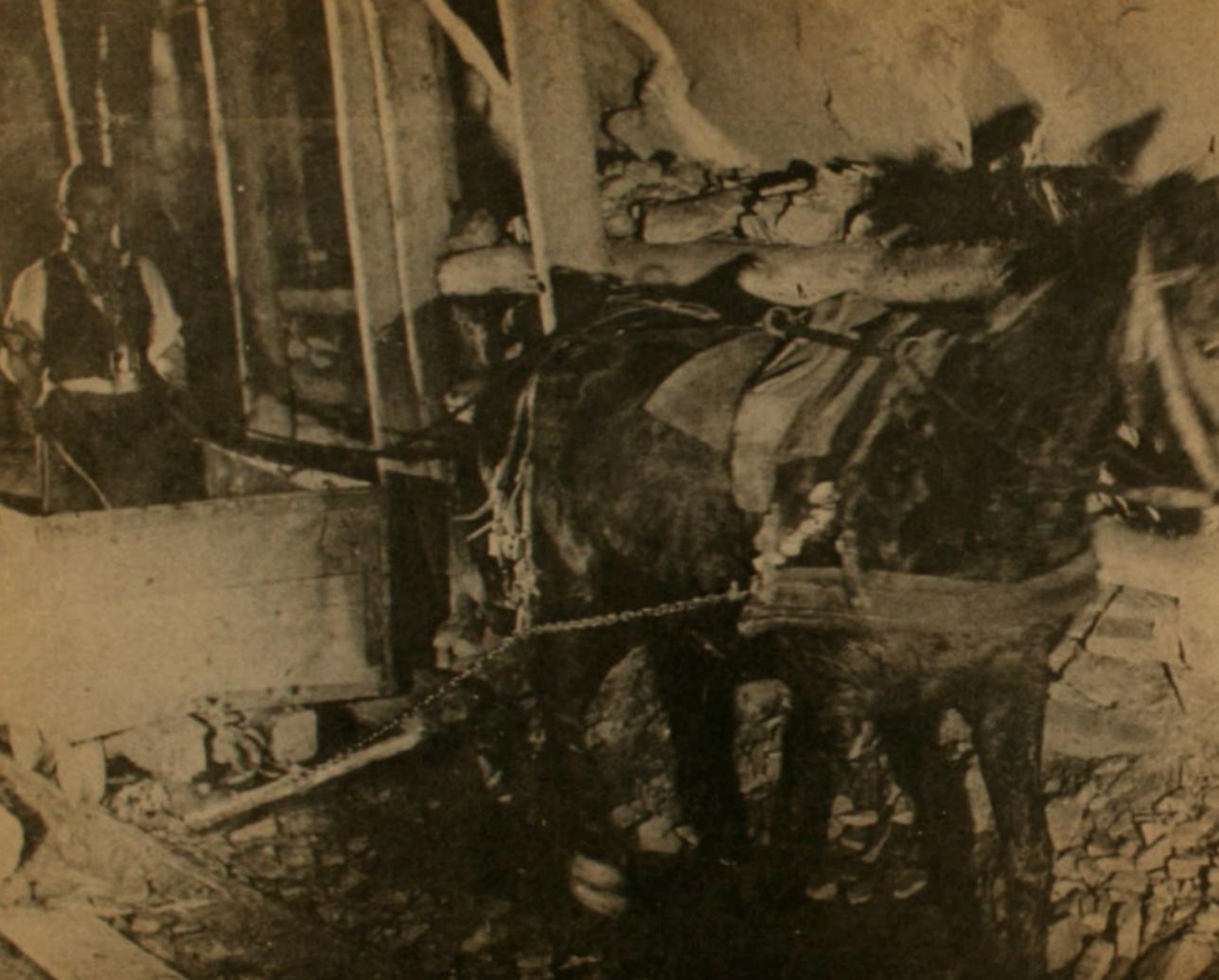
Había una mujer que le decían la Nata, que era muy simpática y tenía mucha palabra y educación. Era güena en todo sentido y muy codiciada por la clientela. ¿Dónde estará ahora? Porque dicen que todavía no es finada y no sé por dónde la han visto de cabrona de un cabaret, pero en el norte. La Nata era la favorita de un tal doctor Méndez que era bueno pa revolverla y también tenía como cliente al señor Vergara. Daba gusto ver los dormitorio con las camas floreadas que manejaban. Me acuerdo que de la capital llegó una mujer que hizo furor y era la llamada Blanca Estela. Si parecía arroz el cutis y era coña por la manera de hablar. La música que estaba de moda en esos tiempos era el chisme, el tango, el valse, el *Carmen Julia* era muy bueno y un tango que lo pedían mucho se llamaba *Patotero*, también el baile español y la cueca. La bailaban valseada y cuando llegaban los huasos se lucían con el zapateo. Los del pueblo se chupaban con las mariguancias que hacían los huasos y los que eran de Lota les hacían rueda y los aplaudían. Nosotros ganábamos la buena propina sobre todo cuando llegaban los gringos, que manejaban otra plata. La cabrona se hacía llamar la señora Teresa,

y cuando un cliente, pa poner por caso, se paleteaba una botella de visky, ella nos mandaba agua con té para que aguantáramos tocando hasta la madrugada.

En 1875 se agotaron las reservas terrestres. Los humildes obreros tendrían el privilegio con su coraje de ser los primeros en arrancar el carbón bajo el nivel del mar.

Patricio Guzmán





Versión del caballerizo Esmeraldo Espinoza, donde cuenta los entretelones de ese trabajo en el fondo de la mina y habla de "El Guindo" y "El Cerezo". Los dos matungos, cuando fueron sacados de nuevo a la superficie, estaban hechos una ruina.

Cuando trabajé en las minas de Collico Norte fui caballerizo. Caballerizo se llama al que trabaja con el caballo que tira los carros. Uno tiene que ensillarlos. En ese tiempo había seis caballos, tres trabajaban en el día y tres en la noche. Los caballos los bajaban en jaulas especiales. Eso sí que pa sacarlos lo hacían de noche. Eran cualquier chuzo no más que fuera tirador como carretonero. Abajo se portaban muy bien. Abajo el caballo se le daba de todo, por eso no se lo sacaba pa fuera. Duraban harto. Había caballos que llegaban a durar hasta cinco o seis años en las minas, pero cuando subían ya eran incapaces, los tobillos tolos chuecos, ya inútilmente. Afuera los vendían en 5

pesos. Algunos se reponían después y otros los dejaban libres en los potreros pa que murieran tranquilos. Pero eran los menos. Si en la Compañía no había compasión para nadie. Teníamos un caballo que le llamaban "El Guindo" y otro "El Cerezo". Los dos eran firmes para el trabajo. El caballo salía ciego y por eso lo sacaban de noche para que se fuera acostumbrando de a poco al aclarado de la luz. Nosotros teníamos que sacar la corrida de los carros en las maestras principales, que era como ver una calle. Ahí en los dobles que se llamaban se juntaban los carros vacíos y llenos. Entonces uno llegaba con su caballo con los vacíos, se desenganchaban los arneses y ahí colo-

Para el transporte del mineral en el fondo de la mina se utilizaban caballos. Pasaban años sin ver la luz. Al regresar a la superficie eran verdaderos guiñapos. Los vendían a \$ 5.

caba el lleno y salía pegando para afuera. En eso consistía el trabajo nuestro todo el día. Ese era el mejor trabajo que nos gustaba a nosotros porque teníamos la colaboración del caballo.

Antes existía el garrote. El mayordomo que era aliñado usaba el bastón y al que se le encachaba le pegaba un bastonazo. Una vez le pegué con un pedazo de carbón, no ve que era ni que tremendo monstruo. Yo apenas era un pelusita y él tenía un cuerpazo.

Yo estaba trabajando en Schwager cuando me encontré con Recabarren. Era el año 1919 cuando Recabarren vino aquí a las minas. Era un hombre fornido. Se puede decir que nos abrió los ojos a los trabajadores del carbón. Entonces existía la Federación Obrera. En cuanto a mi familia yo no quería que mi hijo que se llamaba Carlos Alberto fuera minero. Incluso lo tuve en la escuela, le busqué una pega afuera donde él se podía ganar mejor la vida. Y un amigo mío que tenía una zapatería me pidió al cabro para que aprendiera a vender y llegara a ser empleado un día. El no se interesó porque le había venido el entusiasmo por el fútbol y porque dijo que se iba a esclavizar vendiendo zapatos. Así me lo dijo él a

mí. Lo quise poner en la Escuela Industrial. Tampoco le gustó. Ahora ya está aclimatado en la mina y es padre de seis hijos y con toda la güena que le fueron a salir puras mujeres. Yo no me puedo olvidar de unas palabras de Recabarren cuando dijo: que nosotros tarde o temprano teníamos que llegar al poder, y lo que dijo Recabarren efectivamente resultó cierto.

Yo me había retirado de la empresa cuando se produjo la traición del Videla. Quiso el destino que tuviera por entonces un carnet de comerciante minorista, ambulante, y andaba de un lado para otro. Perdí toda mi clientela porque en ese tiempo se dejaba la mercadería a plazo. Tuve que fondearme, no salir a la vista. Estuve tres meses sin poder trabajar. Incluso tuve dos yernos, que uno está muerto ahora y el otro trabaja por ahí y le costó como veinte años poder regresar a la mina. La mujer hacía el pancito y así nos sosteníamos nosotros.

Aquí en el pueblo había antes del año 20 policía comunal y en Lota Alto la Compañía tenía guardia especial. A éstos nosotros los llamábamos los soplones porque andaban escuchando por las casas lo que hablaba uno y así pasaban el sopló

SE PROHIBE LA SALIDA POR EL ENGANCHE



al Bienestar y al otro día ya estaba el papel y la ficha y la noticia de que ya uno estaba despedido.

Todos los que quedamos cesantes en el 20 pasamos a formar la lista que se fue a llamar la lista negra. Donde íbamos nosotros ya estábamos fichados. Cuando pedíamos la pega primero miraban la lista y nos decían al tiro que no, que no se podía, que no había vacante. Es por eso que en ese tiempo cientos de mineros salieron a los caminos a buscar trabajo y a los que eran revolucionarios no les daban. O si agarraban alguna pega era sólo por tres o cuatro días, porque no faltaba que llegara el soplo y ya venía otra vez la cesantía. Fue una época de mucho sufrimiento con nuestras familias, con la mujer y los hijos caminando pa cualquier parte, sin destino como se dice vulgarmente. A mí me tocó recorrer hasta Máfíl, al sur, más allá de Temuco por el ramal que se va para Valdivia. No había caso de conseguir pega. Estábamos todos marcados.

Como nos pagaban cada tres meses y no había anticipo, sólo teníamos algún derecho en el Economato para comprar los alimentos no más. El que quería tener plata se conseguía un vale por la harina,

por poner un ejemplo, ya que el soltero tenía derecho a medio quintal por mes. Yo me acuerdo que valía 8 pesos el medio quintal y lo vendíamos por 5 pesos y ya con eso teníamos pa ir a las chinganas ya que no todo iba a ser sufrimiento. En el año 20 yo ganaba 3 pesos con 60. Corrían las fichas. Eran de carey. Había de distintos tamaños hasta de 1 peso y de 5 pesos, que era la moneda más alta. Si uno necesitaba plata pa darse un gusto o por tener una necesidad, entonces se las cambiaban en el comercio. Pero daban la mitad cuando mucho. Uno pasaba la ficha de 5 pesos y recibía en cambio 2 pesos y medio. Había que perder la mitad y por eso muchos comerciantes de esa época se hicieron ricos a costa de nosotros. También en los almacenes grandes se podía dejar los ahorritos que uno podía juntar. Pero eran unos sinvergüenzas y muchas veces se fueron con la plata nuestra y nunca más se supo.

Tengo una casa chica pa vivir no más. Pero no se puede decir que me la gané con el trabajo de la mina, sino con el comercio ambulante.





Nuevo testimonio de Luis Alberto Barra Faúndez, en que recuerda los años de la Academia Racionalista y la chuecura de los dirigentes de la Federación del Trabajo, que dividieron a los obreros del carbón haciéndoles el juego a los señores feudales de la Compañía.

En los tiempos de mis juventudes las calles eran puros adoquines en Lota. El mar llegaba hasta donde está ahora instalada la plaza principal. Nosotros organizamos el Instituto de la Juventud con algunos profesores que le pusieron el hombro a un acuerdo nuestro y que eran don Cifuentes, don Astúzar, don Matamala, y nosotros la llamamos la Academia Racionalista. Se organizaban grandes bailes, se jugaba a la brisca, pero eso servía de pura pantalla porque después nos íbamos a una pieza a tratar la cuestión política. Las reuniones eran en una casa vieja ahí en la calle Condell. De ese grupo salió el alcalde Héctor Rodríguez y que des-

pues lo asesinó la Compañía. Un día estaba en su despacho y entró un soplón y los encañonó a boca de jarro y el Municipio quedó otra vez p'al lado de la empresa feudal.

Vino la huelga del año 1925 y ésa la perdimos nosotros. Hay que ser franco pa reconocer los errores. En ese tiempo había la Federación Amarilla y la Federación Roja, la Federación del Trabajo donde había dirigentes que eran medio torcidos. Entonces la Compañía políticamente no le aumentó a los mineros, le aumentó a los puros maestrancinos y empleados. Y a los mineros, como éramos esclavos, no les aumentó nada. Perdimos la huelga.

Ganaron los metalúrgicos y los empleados que estaban organizados en la Federación del Trabajo. Entonces ya no nos quedó derecho a pataleo y si nos parábamos o hacíamos môtines venían los carabineros y nos sacaban la contumelia. Porque nosotros comprendíamos que era necesario marchar juntos con los maestrancinos entonces esos dirigentes se dieron vuelta la chaqueta, porque esos dirigentes eran nuestros. Ahí estaban el tal Samuel Bron- to, el chino Gutiérrez y todos éstos, y en vista de que quedamos solos, los puros comunistas y socialistas porque los radicales también se fueron p'al otro lado, se perdió la huelga porque la Compañía nos dejó solos, nos dividió. Nosotros queríamos sacar la policía que estaba metida dentro de la empresa y esa petición estaba en el punto primero de todos los pliegos que se presentaban, pero ellos siguieron con la porfía de los matones y de los soplones. Era una vergüenza, porque estos soplones era de nuestra misma clase.

Yo me casé el año 30. El pololeo era a escondidas, no se podía alcanzar una chiquilla por la calle, ni tampoco, aunque uno tuviera relaciones con ella por el hecho de ser vecina, hablarle o agarrarle la mano como ahora. Teníamos que pedir

permiso a los viejos. Mi papá me preguntaba: "¿Adónde va a ir, hijo? ¿A qué vas?" Si uno le llegaba a contar la firme le pegaban o lo castigaban. ¡Si los viejos eran muy estrictos en esos tiempos! Recuerdo que me aconsejaba: "Después que hagas el servicio militar vai a pololear, pero antes no. No tenís derecho", decía mi viejo. Y yo me tuve que aguantar no más hasta esa fecha. Con la camarada nos carteamos porque yo a ella la conocí en la Academia Racionalista cuando los dos éramos jovencitos. Muchos nos casamos con camaradas luchadoras. Ella sabía más que mí porque había estado en la escuela de las monjas. Yo sólo estudié en las escuelas rurales. Ella me enseñó a mí y también me enseñó la cuestión política. Ella tenía su título pa enseñar el costureo. Por eso yo le digo a mis hijos: "Pasando el medio siglo cambió la cosa".

El matrimonio mío tuvo que pasar por la visita de estilo a la familia de la que iba a ser mi camarada. Mi suegro era contramaestre del barco *Ricardo Viejo* de la Compañía. Entonces tuvimos que esperar que pidiera permiso en el barco y se quedara en tierra para que nos diera la autorización correspondiente. Después de la visita de estilo había que esperar



veinte días más y entonces hicimos la fiesta y se la anunciamos a toda la familia. Mi padrino, que era de Los Angeles, me regaló una pipa de esas de 11 arrobas de vino y también dos corderos. Cuando fuimos a ver la mesa estaba llenita de comida. Mucha comida y aves y mariscos. La fiesta duró dos días seguidos.

La represión del traidor Videla fue la más brutal. Yo nunca había visto una represión semejante. Porque ése era un loco. La policía andaba por las calles buscando a la gente sospechosa y entonces le tiraban el anzuelo de la banda y agarraban a los compañeros que salían a escuchar los sones. Yo un día estaba ensayando con el Orfeón cuando llegó el general Hoffmann, creo que así le decían, y se metió pa dentro del local, nos agarró los instrumentos, los patearon, los tiraron p'arriba y p'abajo, los dejaron inservibles convertidos en una miseria y la tremenda trapación que hubo porque un regimiento entraba por aquí y el otro por allá y andaban también por los campos, por todas partes sacando a la gente.

Cuando llegué a mi casa de la pega la habían trajinado por todas partes. Habían detenido a mi camarada arriba en la Compañía y todas las guagüitas estaban

solas y llorando. Así que yo inmediatamente les dije a los cabros: "¿Qué les pasó?" "Se llevaron presa a mi mamá porque le encontraron los planfletos y libros del partido", me contestaron. A mí me encontraron como prueba del delito un poema de Pablo Neruda y otro del compañero Pezoa, que es un buen poeta, buen gallo.

Después llegaron los crueles de Investigaciones. Esos gallos sí que eran malos. Se llevaron detenido al compañero Sandoval y le pusieron un elástico grande y bien apretado en la frente y se lo fueron apretando, apretando hasta que le corría la ñachi y estaba más desmayado que nada cuando lo volvieron a soltar. Hasta que llegó el día en que tuve que fondearme. Me llevé a los cabros a Carampangue; me fui donde unos familiares. A mi camarada la llevaron presa pa Chepc. Ahí estaba en los carros que llevaban animales, en medio de la mugre y los mosquitos. Ahí estaban todas las mujeres con sus hijos por el delito de tener ideas en la cabeza.

Yo jubilé el año 58 con 15 escudos. Ahora recibo un millón setecientos y tantos. Todos mis hijos se han educado. Uno ya es profesor. Tengo seis hijos, tres hom-

bres y tres mujeres. Tengo 23 nietos. Héctor fue el único que me salió minero. Los otros son empleados. Mi mamita, que es muerta, pescaba a los cabritos y los educaba, porque ella era muy despierta pa enseñar. Así que mis hijos se criaban al lado de su abuela. Y mi camarada, como tenía bastante instrucción, ella los entusiasmaba pa que siguieran los estudios buscándoles una bequita por aquí y otra por allá.

Yo también fui miembro de la Sociedad de Artesanos obreros. Ahí nos entreteníamos por las noches. Teníamos billar, jugábamos al dominó y el sábado teníamos lo que se llamaba el baile social. Se bailaba el valse, la polca, la cuadrilla, la pataca a saltitos y el tango. Entre todos hacíamos una cuota pa preparar el bufet y que consistía en la cazuela y el consumé y algo que se llamaba la mayonesa y que le gustaba mucho a la gente y dulces que tenían la forma de pajaritos. El trago se servía en unas botellas especiales del tamaño de esas botellas lecheras que había antes. También se tomaba el aguardiente y trago fuerte que bajaban de a bordo.

El día domingo la gente se iba a la cancha a ver el fútbol. Estaba el equipo del

Carlos Cousiño, el Matías Cousiño, el Manuel Rodríguez, pero eran puros equipos rurales, se jugaba entre aquí no más. Algunas veces venían las Ligas que se llamaban, Curanilahue venía a jugar con Lota, y Lota con, Coronel, Concepción, Talcahuano, en fin. Ahí se entretenía la gente.

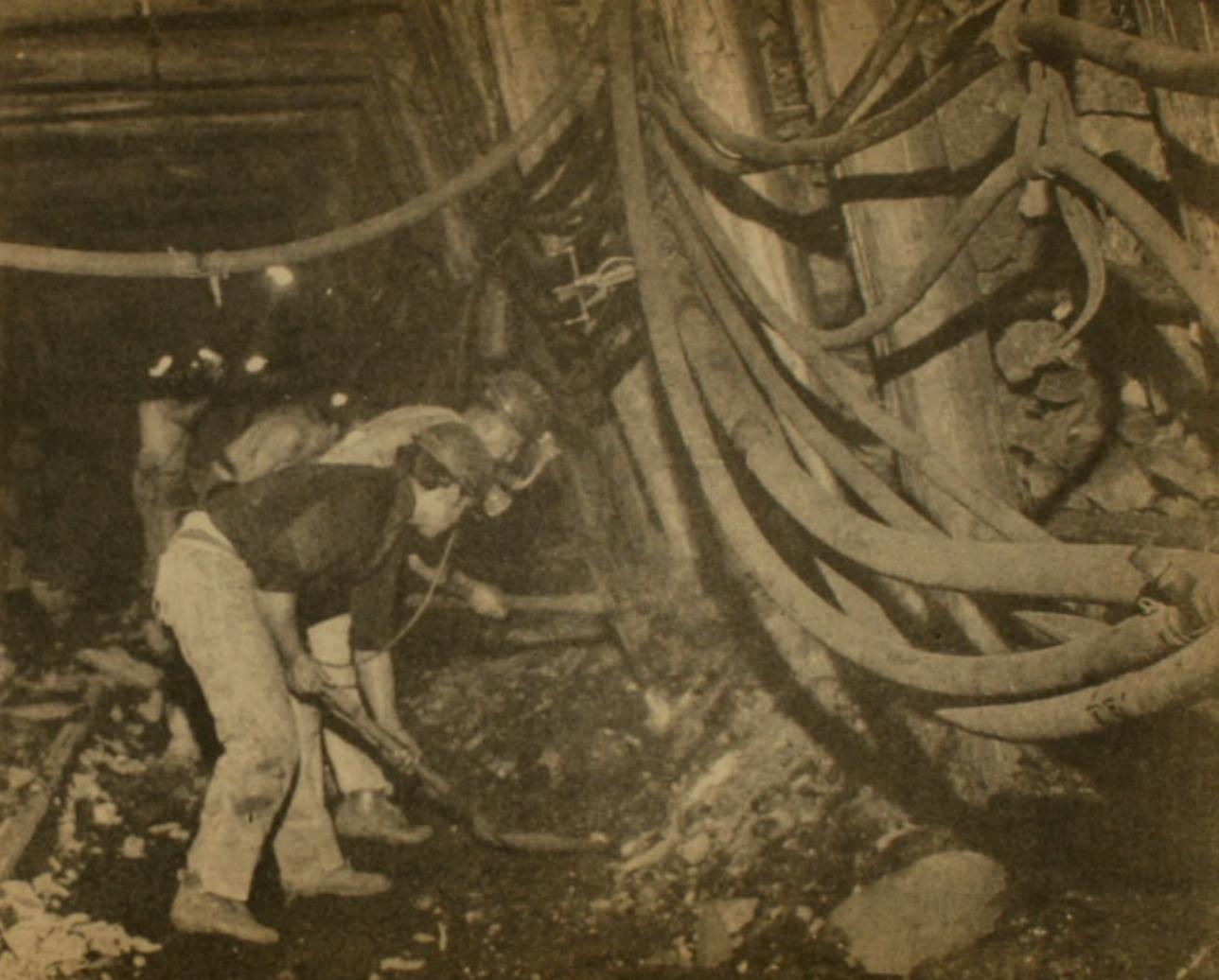
La otra eran las carreras a la chilena que se hacían en la playa. Los pesos legítimos corrían en la playa y los pesados allá en la cancha con tierra dura. Aquí estuvo el caballo "Orrego", muy bueno y que lo tenía Pancho Gallo. Ese era su dueño. Tuvo una yegua de nombre "Margoza", que le dio muchas satisfacciones. También se salía los domingo pa los cerros. La gente preparaba su comidita al aire libre. Antes no se podía pasar por la playa porque aparecían los pacos preguntando: "¿Adónde van ustedes? Está prohibido. Ustedes son unos ladrones y lo llevan todo". Venían los circos con animales. Yo toqué en esos circos. Llegó el circo del gringo Fischer. Yo le tocaba la tromba al respetable. Ahora ya no toco nada, ¿no ve que se me cayeron los dientes? Entonces me puse a tocar la batería. Yo tenía alma de artista y a veces dejaba todo botado y me iba con el circo. Una

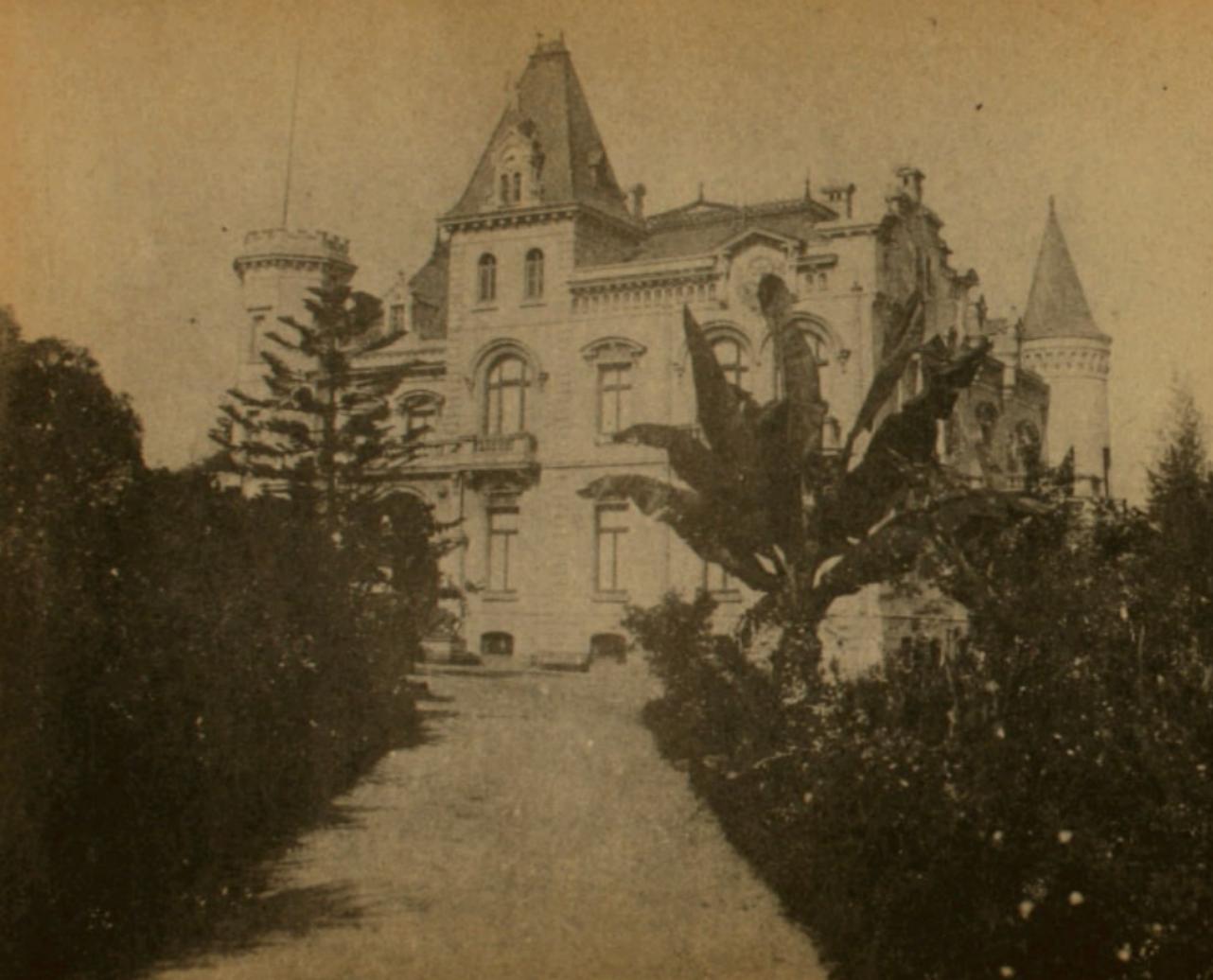
vez hasta Lebu llegué. Pero tenía por delante a mi familia, que era muy numerosa.

Yo le hacía a todo. Fui señalero en el ejército y camillero. Volví muchas veces a la mina y al laboreo San Juan en el Pique Norte. Mi papá dejó de trabajar. Se le vino abajo un derrumbe en las minas, pero yo le ayudaba al viejo. Le ayudaba a mi mamá y a mis hijos. Mis hermanos que tuve yo eran vaporinos. Llegaban y saltaban a tierra y se iban donde las putas y no llegaban nunca a la casa. Al lado mío murieron mi padre y mi madre. Después fui llamado por el maestro Monte a firmar el contrato en la Banda Municipal durante dieciséis años. Dormía muy poco, pero bastaba una pestañada y quedaba lícito pa tocar en la noche. A mí me gustaba tocar la de Poupin y una marcha del maestro Díaz que se llamaba *La Camarada*. También era muy favorito el valse *Carmen Julia*. El instrumento mío fue hecho tiras por los canallas de la represión. Yo lo mantenía lustroso con funda y todo, pero el loco Videla ordenó que no quedara un solo instrumento bueno en la banda. Yo me había formado la idea de que también los cabros míos se iban a dedicar a la música, que se iban a aficionar por el toque de

la tromba o el trombón. Porque un cabro que tengo le pega al piano y otro a la batería y se puede decir que teníamos la orquesta armada pa salir a tocar y traer unos pesitos pa la casa. Pero fue el Videla el que nos arruinó la vida, el que nos hizo pedazos los instrumentos que eran como se puede decir nuestras herramientas de trabajo. Y desde ese día nunca más puede tocar el trombón. Vinieron los nietos, otras urgencias y todo lo fuimos dejando pa mañana, pa mañana, y así se han pasado los años.

Existen diversas especialidades en el trabajo: barreteros, apires, trateros, contratistas, disparadores, portadores de explosivos, metalúrgicos, acolchadores, maquinistas, circadores, ayudantes, auxiliares, recuperadores, wincheros, fortificadores, cambiadores, empujas y huacheros.





Testimonio del ingeniero de minas Santos Galindo, en que narra la emoción que tuvo cuando fue jefe en el mismo pique en que su padre era obrero y que lo educó con gran sacrificio para que recibiera su título universitario, y cómo 3.000 mineros aprendieron la O redonda y ahora leen y escriben de corrido y no hay quién los pare.

Hace treinta años que trabajo en la mina. Empecé como jefe de turno, en producción, en una de las minas más antiguas de Lota, el Chiflón Carlos. Mi padre, Hipólito Galindo, era obrero aquí en la empresa. Me inicié trabajando como supervisor técnico. Él era contratista. Yo pasé a ser su jefe después del tremendo esfuerzo que él hizo para educarme. Prácticamente le daba órdenes. Creo que estaba orgulloso con eso. En 1943 aún existían las cintas de madera en vez de los rieles metálicos. Existían también los huacheros. Gente sacrificada porque trabajaba 12 horas corriendo. Se llamaban hua-

cheros porque andaban con un solo carro de reserva. Ese carrito era un huacho y entonces el que lo manejaba era un huachero. Esta gente recorría más de 16 kilómetros corriendo para arriba y para abajo. En ese tiempo el barretero era el hombre a quien había que prestarle toda la atención. Era el hombre que arrancaba el carbón y esa cantidad de carbón era la que servía para pagar a todo el resto hasta llegar a la gerencia.

Cada barretero tenía una ficha con un número —se llamaban tantos—. Era una ficha con un cordelito. Entonces el hombre llevaba veinte fichas para abajo con

su número. Cada barretero tenía su número aparte y cada vez que iba a llenar el carro ponía una ficha en su interior para que afuera al tumbarse en los harneros se supiera de quién era el carro. Así se iban tarjando para el pago. Porque a los barreteros les pagaban por carro, no por tonelada. En ese tiempo aún quedaban muchos gringos como jefes. Eran belgas, ingleses. Técnicos, ingenieros. Nosotros todavía explotábamos mantos de 70 centímetros de frente y había que gatear para arriba esos 70 centímetros y cuando se circaba iba quedando un residuo como el aserrín, iba quedando una verdadera capa que se llama llampo. La gente se arrastraba. Tenía que andar de rodillas y ahí venía la enfermedad que se llama celulitis. Se produce un hinchazón, se acumula líquido de tanto andar arrodillados allá abajo.

Entre los accidentes más graves que recuerdo figura una explosión de gas que hubo en Piques Nuevos en la estocada 22. Fue en 1953. Hubo una falla en un ventilador y al tratar los maestros de arreglarlo por un descuido al colocar una ampolleta ésta chispió. El gas estaba presente. Era la hora de hacer doce, o sea la hora de comerse el pan, comerse el man-

ye, porque sea la hora que se sea siempre se llama hacer doce. Se produjo la tremenda explosión y toda la gente fue a parar a una estocada que había. Muchos fueron a dar hasta a 20 metros de distancia de donde estaban. Nosotros empezamos a recuperar a los accidentados, tuvimos que sacar los muertos y los heridos y nos dimos cuenta que nos faltaban cuatro personas. No los podíamos encontrar. Recorriamos todo el circuito y no estaban. Cuando de repente en un montón de piedras de tosca plomiza y madera aparece por ahí la parte de una mano. Empezamos a desabracar y era un hombre el que estaba ahí. Enterrado como una masa, todo quebrado. Y de repente en un hueco vamos encontrando a otro minero sentado ahí a un costado de la galería con la vista totalmente extraviada. Lo alumbramos y le preguntamos: "¿Quién es usted?" No fue capaz de contestar nada. Estaba como ido. Se produjo la explosión y derrumbe aquí, derrumbe allá y al medio dejó una zona de aire. Quedó una cámara hermética, natural, y al medio este hombre que estaba totalmente desconcertado. ¿Cómo llegó ahí? Nadie lo sabía. ¿Por qué subsistió? Porque el hombre se encontró totalmente a

oscuras y se sentó y no hizo ningún esfuerzo. El consumo de oxígeno fue mínimo. Y se puso a esperar por instinto. Por eso soportó tanto, porque nosotros lo fuimos a encontrar sólo al tercer día. Lo sacamos, se lo llevó al hospital y seguía mirando sin ver y sin poder articular palabra. Finalmente (se llamaba Landaeta) fue dado de alta a los quince días. El hombre se retiró de la empresa y desapareció. Alguien le escuchó jurar que ni amarrado volvería a la mina y efectivamente desapareció de la zona.

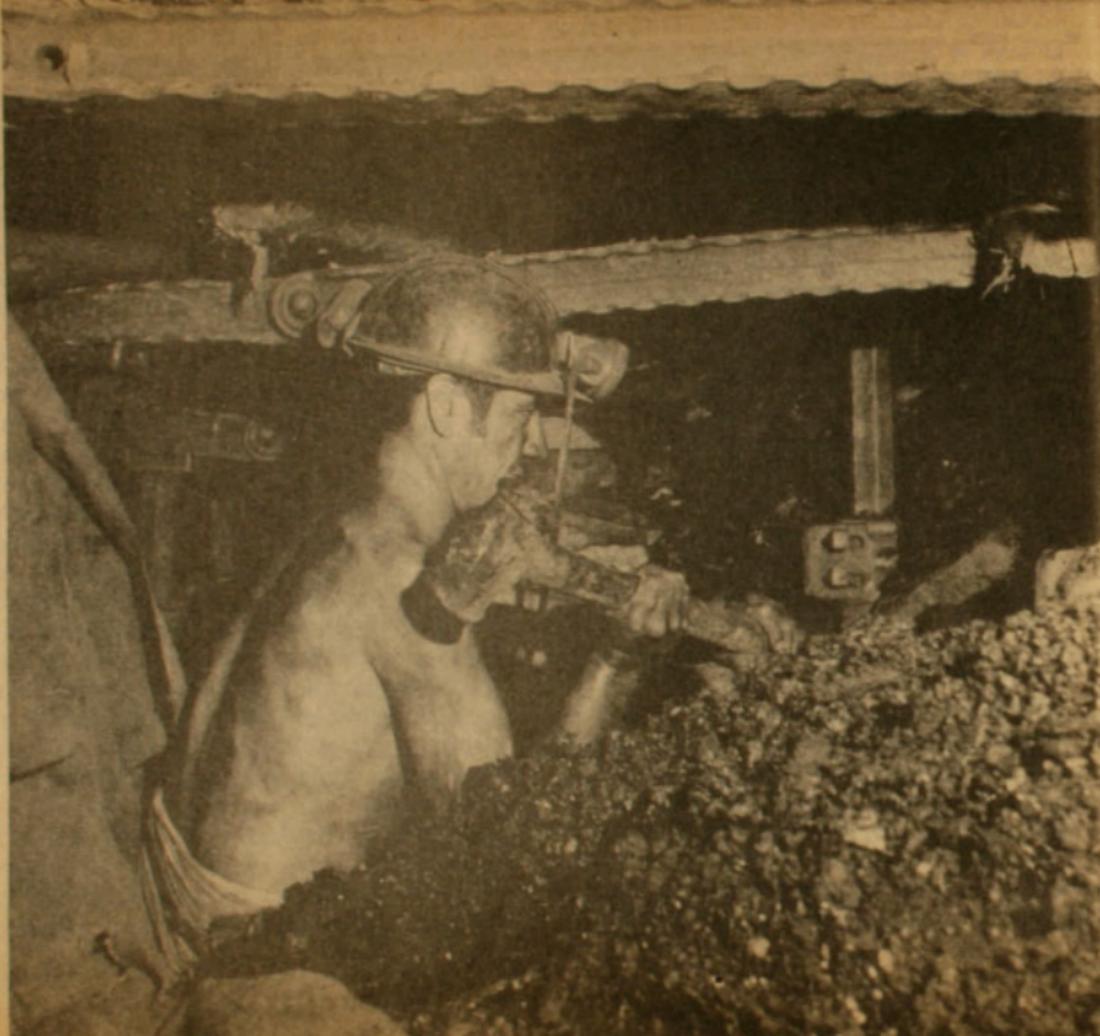
Una de las innovaciones más serias ha sido el de la ventilación. Instalar ventiladores centrales para que la cantidad de aire sea la suficiente como para refrigerar, proporcionar aire limpio al trabajador y para limpiar de gas la mina.

El reglamento de policía minera exige que en un frente de carbón más o menos hayan 60 litros de aire por hombre cada minuto. Eso significa que en una mina de unos 2.500 trabajadores, necesita unos 600 metros cúbicos por minuto. Los ventiladores, como cualquier máquina, fallan a veces. Pero en el mismo momento que esto sucede empieza la alarma en la mina, que no puede soportar sin ventilación más allá de ocho horas. Empieza la acu-

mulación de gas en porcentajes peligrosos y la gente tiene que abandonarla en forma rápida, total y ordenadamente. Se avisa en forma telefónica del peligro, aunque los supervisores notan la deficiencia en la velocidad de la vena de aire. La evacuación se hace en forma ordenada porque la reserva da el tiempo suficiente a los mineros para que se retiren sin atropellarse o sin que se produzcan accidentes.

La mecanización también vino a facilitar el trabajo fatigoso del minero y no quiero decir con esto que no siga siendo fatigoso. Por ejemplo, el minero que antes gastaba una hora y media para llegar al frente del trabajo y lo hacía en base al esfuerzo personal, ahora lo toma una locomotora y lo lleva al frente. Ya no se trata de barrenar a puño o a golpes de martillo. Todo se hace con aire comprimido o a taladro eléctrico. Antes el barretero tenía que llenar él mismo con pala el carro. Hoy día la transportadora que pasa a sus pies le basta para arrastrar el carbón que lo lleva hasta el punto de carguío.

Antiguamente todos los mineros usaban una tenida blanca en el interior. Era hecha de una bolsa harinera desocupada. Se hacían un pantalón y una camiseta sin



manga. Los supervisores usaban lo mismo pero con chaleco. En eso se diferenciaban. Uno se pregunta: ¿por qué, en un medio tan oscuro, tan lleno de carbón, se creó esta conciencia de usar el traje blanco? ¿Sería para distinguirse los unos de los otros?, porque no hay que olvidar que antes se usaban las lámparas de aceite, que daban una pequeña lucecita que apenas alumbraba un par de pasos. Ahora es muy distinto con la lámpara eléctrica. En la actualidad la empresa regala la mezclilla y la gente se hace la tenida de ese material. Sólo los mineros más antiguos siguen con la costumbre de llevar un pantalón y una camiseta blanca de osnabur.

Otra de las prendas que usa el minero y que tiene una tradición muy antigua es el pañuelo que se amarran al cuello y que en la mina le sirve para secarse la transpiración. Ahora último, los jóvenes mineros ya no lo están usando. A ese pañuelo lo llaman fallaman; creo que viene de la chilenización de un término inglés: fireman, hombre fuego. Los primeros disparadores entraban a una zona de peligro con un chonchón de llama abierta y tenían como misión quemar el gas. Era una misión un poco suicida. Iban vestidos con una túnica blanca mojada y se

ponían en la boca un pañuelo también mojado como una mordaza para no absorber el gas. Los llamaban los penitentes blancos. Esta es una historia que nace en el 1870. Después vinieron los gringos y ya el hombre no era tan imprudente como para quemar gas, sino que portaba una lámpara medidora. Pero este minero seguía usando el pañuelo blanco tal vez para detener el polvillo y de ahí entonces quedó el término fallaman, identificando al hombre con su pañuelo.

Existe otra prenda que parece tener origen campesino. Es la amarra. Es una faja de no menos de 30 centímetros de ancho y que tiene varios metros de largo y con la cual el minero se envuelve la cintura para protegerse los riñones. Aquí al principio no había tradición minera y quienes venían a trabajar eran los campesinos. Se trasplantaban del campo a la mina. Los pesos eran pocos, pero por lo menos se veían. Fuera de la amarra también usan el cinturón para portar la lámpara.

Aquí antes no existían las letrinas en determinados lugares de la mina, no es como ahora, que ese problema está resuelto. Había muchos ratones en el interior, y cosa curiosa, los mineros defienden a los ratones porque son verdaderos

policías de acero. Entonces el ratón se encargaba de hacer la limpieza general. Al ratón lo cuidaba el minero. En el período de huelgas, cuando eran más o menos largas, empezaban a aparecer los ratones, primero muy tímidos. Después ya se ponían más valientes y se enfrentaban a las personas, muertos de hambre. Después empezaban a desaparecer los ratones chicos. No se atravesaba ningún ratón chico, puros grandes no más. De repente los grandes empezaban a aparecer con sus colas mochas. Se iban comiendo los unos a los otros. Era espantoso y ahí sí que se ponía seria la cosa. Las ratones iban al encontrón con la gente y se les tiraban a los pies a los mineros y cuando ya se resolvía al conflicto, cuando la gente regresaba al laboreo se empezaban a aplacar de a poco. Llegó a tal extremo la gratitud de los trabajadores de las minas que el día de San Agustín, el 28 de agosto, fue escogido para festejar "el día de los ratones". La superstición tiene origen campesino, donde también se destinaba un día a rendir homenaje a los roedores para que no se comieran los sembrados.

Unidad de adiestramiento industrial encargada de la capacitación de todos los

trabajadores. Se inició hace cinco años. Fui nombrado jefe de ella. Pedimos la asesoría de Inacap. Hicieron un estudio sobre las necesidades, esbozando un programa, el que fue aprobado. Al poco tiempo iniciamos un estudio sobre la escolaridad y edad de los trabajadores para sustentar un plan de cinco años que lo cumplimos ahora justamente. Resulta que con los datos obtenidos nos dimos cuenta que había que reestructurar el plan primitivo porque la escolaridad de los trabajadores era muy baja. Pensé que no podíamos meterle capacitación profesional a un trabajador cuando no le habíamos dado las herramientas básicas de comprensión. No se trataba aquí de formar hombres máquinas sino de gente que pensara y recapacitara y comprendiera todo lo que se le estaba dando. Así surgió el programa que se llamó elevación de escolaridad. El promedio de las estadísticas fue de cuarto básico preparatoria y saqué yo 620 analfabetos, 2.783 semianalfabetos que habían llegado a tercera preparatoria y que por desuso —porque también por desuso se es semianalfabeto— resultaba una cifra cercana a los 3.000 semianalfabetos.

Me criticaron un poco. Dijeron que adiestramiento industrial se estaba dedi-

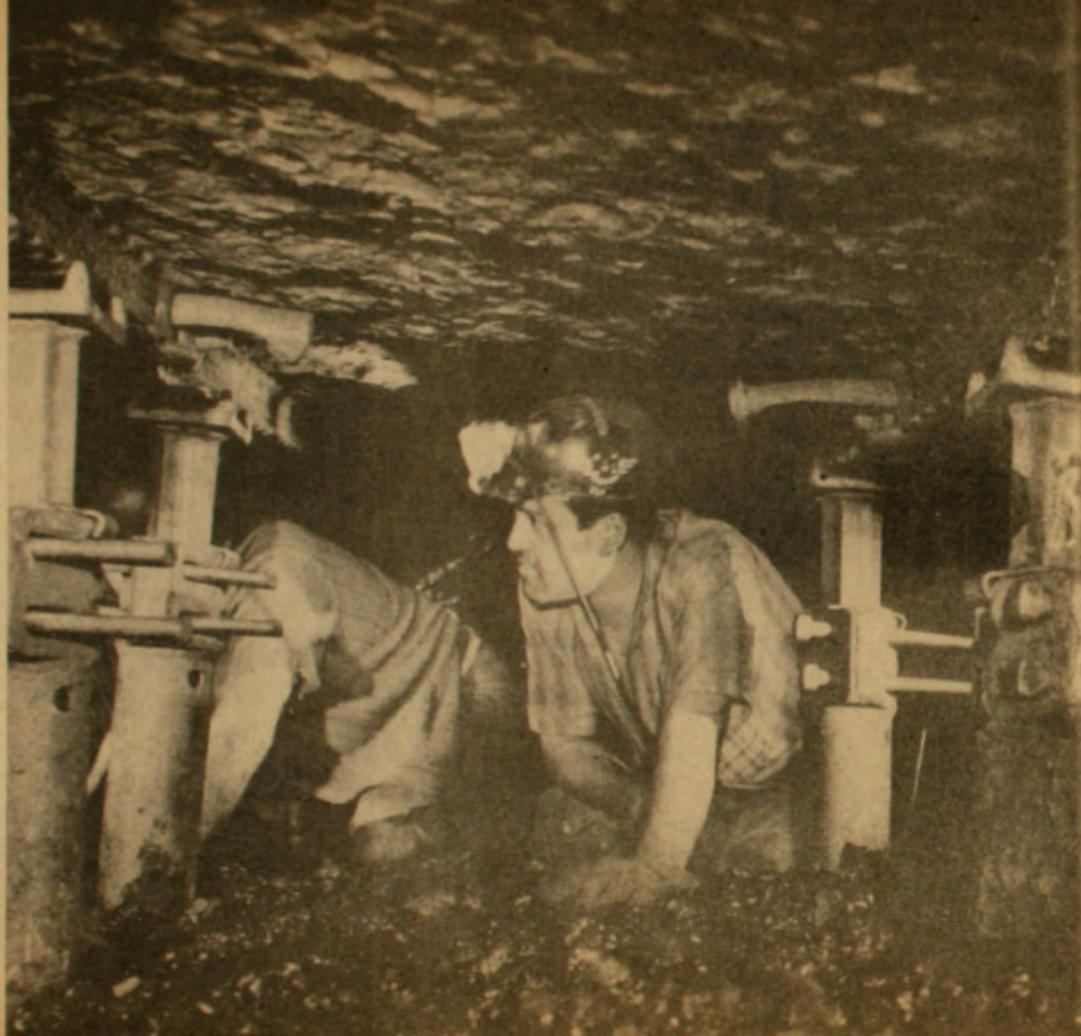
cando a otras cosas, y después por fortuna, a través de un viaje becado que hice por Europa y en que anduve visitando algunos países, comprobé que la preformación que humildemente habíamos esbozado era una ley de la República que tienen todas las industrias de mantener permanentemente un curso de elevación de escolaridad.

Y así hemos logrado pasar más de 2.000 trabajadores por planes de elevación de escolaridad y no menos de 500 trabajadores han obtenido su octavo básico oficial. Hicimos contacto con el Ministerio de Educación a través de un programa al que le rebajamos algunas horas. Resulta que el programa de educación del Ministerio de Educación son 300 horas. Dentro de las 300 horas consulta 50 horas de manualidades. Yo sustentaba la idea de qué le íbamos a dar manualidades a los trabajadores que le sobran, puesto que viven buena parte de su vida con la herramienta en la mano. "Ustedes —les dije— me autorizan 250 horas y yo alcanzo a hacer dos ciclos en el año." ¿Qué hacemos? Comprensión oral-escrita. Enseñarle a leer al hombre, que comprendiera la lectura, que pudiera redactar lo que ha comprendido. Matemática aplicada. No

se trata de enseñarles a multiplicar por multiplicar, sino por una necesidad de comprender parte de su trabajo. Sumar para que saque la cuenta de lo que se gasta en su casa, multiplicar para que multiplique los metros cuadrados de piquetes que hace.

Resultó el programa. Al principio hubo reticencia de parte de los mineros y después le dedicamos otro curso a los supervisores, porque todos nuestros supervisores son de extracción obrera que han ido avanzando a través de calificaciones en el trabajo, pero se trata de una calificación práctica. Ahora ya estamos esbozando el nuevo programa para futuro. Ya es hora de darles una capacitación profesional donde el obrero tiene que enriquecer sus funciones. Son cursos cortitos que duran entre 6 y 8 horas máximo. El instructor va a ir al lugar del trabajo a enseñarles. Ahora estamos llegando allá abajo a la mina.

Todos los temas de lecturas se los preparamos aquí. ¿Qué es lo que leerán los mineros? Del gas grisú, de la formación del carbón. O sea, el hombre está leyendo y al mismo tiempo que está aprendiendo a leer está aprendiendo cosas de su



profesión, de su trabajo. Entonces no se le habla nada de cosas en el aire.

¿Cómo es un turno?

En la mina se separan los turnos en el mismo laboreo de acuerdo con el trabajo que ellos van a desarrollar. Hay un turno que es producción, y que van exclusivamente a arrancar el carbón y transportarlo para afuera. Hay otro turno que baja a preparar el frente, cosa que ese turno de producción lo encuentre listo, y habrá otro turno que es de preparaciones generales, abriendo galerías.

En el turno de preparación, por ejemplo, baja todo un equipo. Baja el ingeniero de ejecución, el jefe de turno, el técnico de minas, los mayordomos, disparadores y un grupo grande de trabajadores. ¿A qué van? Van ellos a allegar la transportadora al frente, cosa que esté a mano del barretero apegaíto al frente, a fortificar todas las galerías por el avance que hubo en el día anterior, dejándola a todas fortificadas. Van también a preparar la madera, cosa que el turno que la va a ocupar la tenga a mano. Eso es lo que se llama preparación de frente. Hay frentes que tienen hasta 30 barreteros, frentes largos. Ese frente necesita a lo menos 3 disparadores, necesita 1 ó 2 mayordomos, y

a lo menos hasta 100 personas. Los apires, los madereros, los levanteros que hacen el levante en la galería, los que hacen el rebaje, los que empaquetan, los que hacen castillos. Entonces ahí salen más de 200 personas.

Siempre es el mismo equipo, pero se va cambiando de turno. En este momento funciona en la empresa el sistema de turnos rotativos. Es un equipo en que todos se conocen y en que el mayordomo agrupa la gente, a los mismos disparadores y a los mismos barreteros. El turno de producción está compuesto por los madereros, los fortificadores, que antes los llamábamos enmaderadores. Son los encargados de afirmar el techo a medida que el barretero va avanzando ahora con estructura y vigas metálicas. Por eso ahora se llama fortificador en un sentido general. Hay otro equipo que está en los desarrollos, tratando de encontrar nuevos campos para que la producción los tome a su cargo.

Cada turno significa que 1.000 personas bajan a la mina. El primer turno es de 7 a 2 de la tarde. Es decir, a las 3 ya están en la puerta. El otro está bajando a las 2 y salen a las 11. Y el otro baja a las 11 y sale a las 7. El que trabaja en el

El minero fue fatalista y sigue siendo maniabierto. Sus grandes tentaciones fueron las chinganas y el trago. Para el pago llegaban prostitutas y organilleros de Santiago.

tercer turno, de noche, tiene una compensación por el turno C como le llaman. Ocorre que nadie quiere trabajar en el segundo turno salvo los viejos. A los cabros jóvenes no les gusta estar en la mina en la tarde. Después que se creó la jornada de lámpara a lámpara hubo que crear un cuarto turno. Turno especial que le llaman. Hay mineros que están trabajando con gusto porque encuentran que bajar a la mina es un verdadero desafío. Yo también lo tomaba así. Bajaba a la mina y me olvidaba de todo el mundo, conversando con la gente, investigando. Era un vivir completo. No se transformaba en rutina y siempre encontraba algo nuevo. Así hay muchos mineros que a pesar de ser apires lo ven así. En cambio hay otros que no les agrada la mina y bajan porque tienen la obligación de subsistir. Ahí sí que se les crea un problema. Empiczan por aburrirse, por ser agresivos, incluso influye en la seguridad de la persona.

Me pregunta qué se ha hecho para combatir el alcoholismo, que aquí es un grave problema. Me acuerdo que en los tiempos de González Videla se impuso la ley seca aquí. Absurdo porque tan sólo a 8 kilómetros hay una zona agrícola pro-

ductora de ricos vinos. Para el lado norte, a 10 kilómetros, está Laraquete y la división jurisdiccional de Lota llegaba hasta ahí y al otro lado había vino a discreción. Aquí se hicieron ricos un grupo de personas a raíz de la ley seca, pero no dio resultados. Estuvo sólo vigente diez meses. Si uno se pega una visita por Lota Bajo en cada bodega ve entre siete y diez personas. No todos son mineros. Muchos son cesantes que viven de lo que el bodeguero les da y que están para los mandados. El otro que está ahí es porque pasa un amigo y le convida un trago, le deja una caña comprada. Ahora, ¿el minero por qué toma? No se puede hacer una vida familiar en una casa que tiene dos piezas, y donde viven hasta diez o más personas. ¿Qué hace adentro? Ahora, si usted visita las poblaciones, en más de un pabellón encuentra que el dueño de casa o uno de sus hijos es aplicado a hacer alguna cosa. Es un artesano. Entonces en el día trabaja en la calle y en la noche debe entrar sus herramientas y lo que está haciendo. No hay talleres artesanales, no hay buenas casas.

Le voy a decir que conozco mineros que eran supervisores y que se retiraron de la mina y pusieron una bodega de

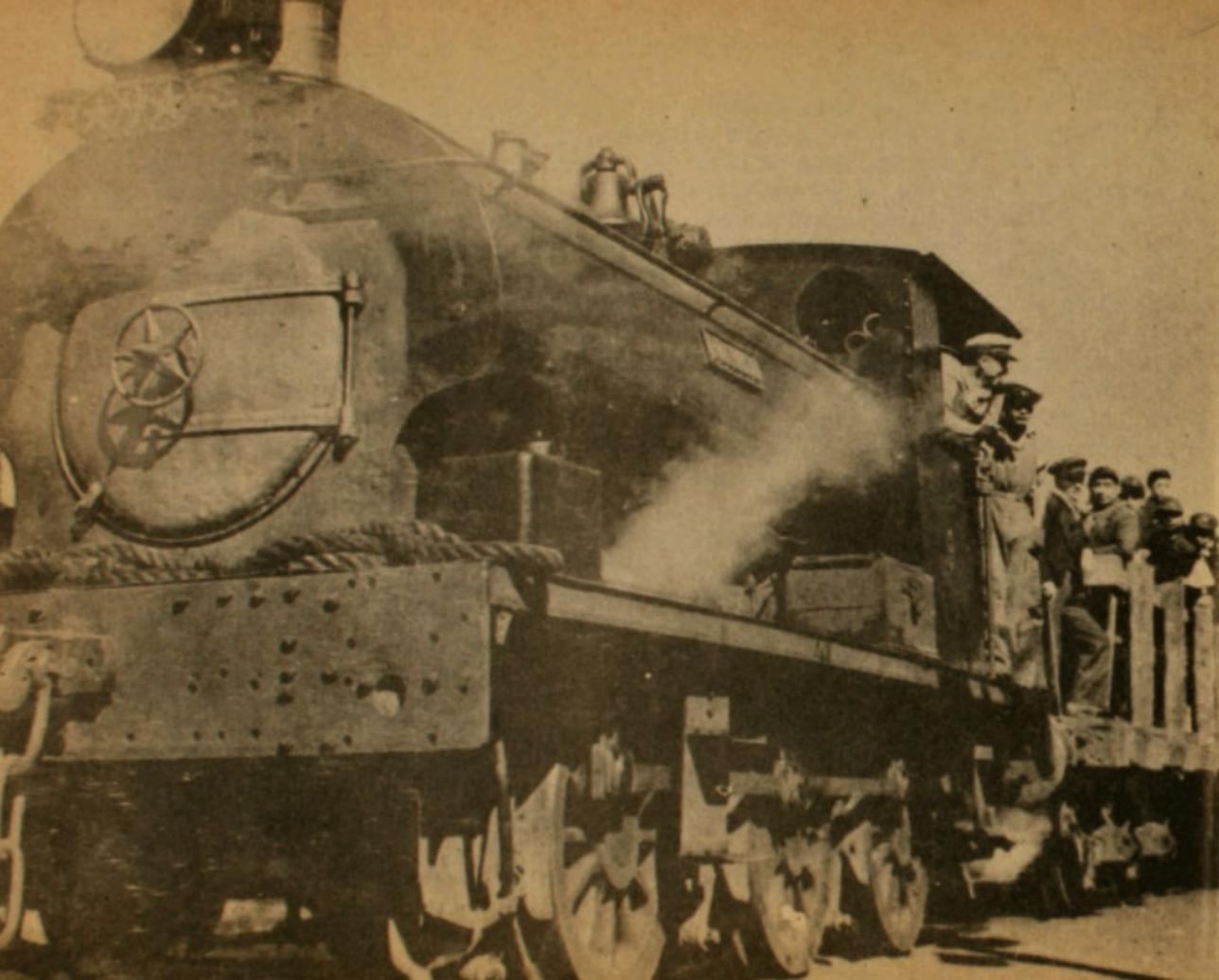
vino y hoy día son inmensamente ricos. Tienen camiones, dos bodegas.

El minero vive con muchas dificultades. Resulta que su casa se compone de dos piezas. En la primera hace de todo: cocina, está el comedor, el living. No todos los pabellones tienen alcantarillado. Todavía quedan letrinas comunes. Con estos nuevos bloques de departamentos que están por ser entregados se les va a dar otra forma de vida a la gente. Porque ya a estas alturas ellos consideran que tienen el legítimo derecho a vivir mejor. Ya han ido a Concepción. Ven lo que son departamentos, ven las vitrinas llenas de aparatos y luchan por alcanzar algunas comodidades.

¿Cómo se reparte el presupuesto el grupo familiar? El obrero no paga arriendo ni luz ni agua. Para la mayoría de los trabajadores la asignación familiar es sagrada para la mujer. Eso no hay vuelta que darle. Ya la gente lo tiene metido. "Esta plata es mía, es de los cabros y la manejo yo", dicen las dueñas de casa. Pero en el reparto del jornal del minero, ahí surgen problemas. ¿Cuánto se deja él? ¿Un 40%? Hay casos en que se acepta el sistema de dividir el jornal en dos partes iguales: 50 para mí y 50 para la fa-

milia, para el amigo, para el domingo, y es ahí donde la mujercita tiene que hacer figuras, porque el promedio de cabros es aquí de cinco y tantos por familia.

El minero y su mujer se tratan con un gran respeto. Esto también viene de mucho tiempo, es una especie de tradición. Aquí también hay una parte de la juventud que no tiene destino. Las medidas tomadas por la Universidad del carbón, donde se dan todos esos cursos políticos, no creo que van a resolver este problema. Es cierto que también están destinados a un grupo pequeño en relación a toda la población, pero de todas maneras ya se ve que no es esa la medida más correcta. Porque hay algo que ya lo comprobó antes la Corporación de Fomento y también Inacap. La gente de la zona del carbón no emigra. Todo lo contrario. Son contadas las personas que se van. Se quedan haciendo cualquier cosa. La gente de aquí es muy hospitalaria. El compadre lleva a la casa al otro compadre. El padre trae a la casa al hijo casado y se acabó la historia. Entonces la idea de darle otras profesiones a la juventud de aquí para que se vaya, no cuaja. La solución más concreta y justa sería crear perspectivas de trabajo aquí en la región.



Testimonio colectivo de viejos mineros jubilados. Hablan del diablo y otras apariciones en medio de risas y bromas.

Nunca lo vide, nunca me salió, pero que andaba por abajo en los laboreos claro que andaba. Si hasta a los más firmes les llegaba a temblar las canillas. Decían que era alto, que no era flaco, regular no más, tirando pa rubio y siempre andaba de luto y le brillaban los ojos, con la maldad sería. En veces iba bien achutado, pero otras mostraba las puras huilas, era más tirillento que cualquiera de nosotros. Era para disimular, decían. Muchos le llegaron a ver los cachos. Dos dicen que tenían. Pero también le vieron hasta cuatro y la cabeza llena de puros cachos. Eran los borrachos los que le veían más cachos. Como de buey dicen que eran.

Le decían de muchas maneras, ya sea el "Malulo", el "Cornudo" o el "Maldito". Hacía mucho ruido, como si revolvie-

ran las piedras, y después se quedaba callado y así iba apareciendo donde menos se imaginaba. Se lo vio pasar por la Galería Tres Sur en Schwager. También dicen que tenía su paradero en las cercanías del Pique Carlos en Lota y otros juraban que hasta lo habían visto disfrazado tomándose un trago en "El Gato Negro" o en "El Rápido". Pero eran puras bromas. También se presentaba en el interior mina y nadie lo oía llegar o cuando se iba. Podía ser una tos, un carraspido, o como si estuviera chapaleando en el barro, moviendo el agua y riéndose. A veces también lloraba. Pero eran las menos, eso sí. Dicen que era diablazo con las mujeres, que se les entraba por el dormitorio cuando estaban solas. Se hablaban barbarida-

des, porque ninguna le podía decir que no y él las gozaba que era un gusto.

A veces también se disfrazaba de perro y otras de gato y era tan diablo que se disfrazaba de cualquier cosa y hasta de cura. Vaya a saber uno la verdad. Pero los que veían bien seguido al "Maldito" eran los que andaban con la caña y cuando más encañados estaban entonces más lo veían. Otras veces se convertía en puras luces y los valientes que se atrevían a seguir la luz no la encontraban nunca, porque la luz se iba retrocediendo, retrocediendo. . . Antiguamente, así como se celebraba el día de los ratones en la mina, también se celebraba el día del diablo, que era el de San Bartolo. No porque el "Maldito" se llamara también de esa manera. Era el 24 de agosto y ese día el diablo se tomaba la mina y andaba suelto por todas las galerías y nadie era culo para hacerle frente. O los pocos que se atrevieron después quedaban malos de la cabeza o andaban con los alambres pelados, medios tontitos y a lo que es tiritones.

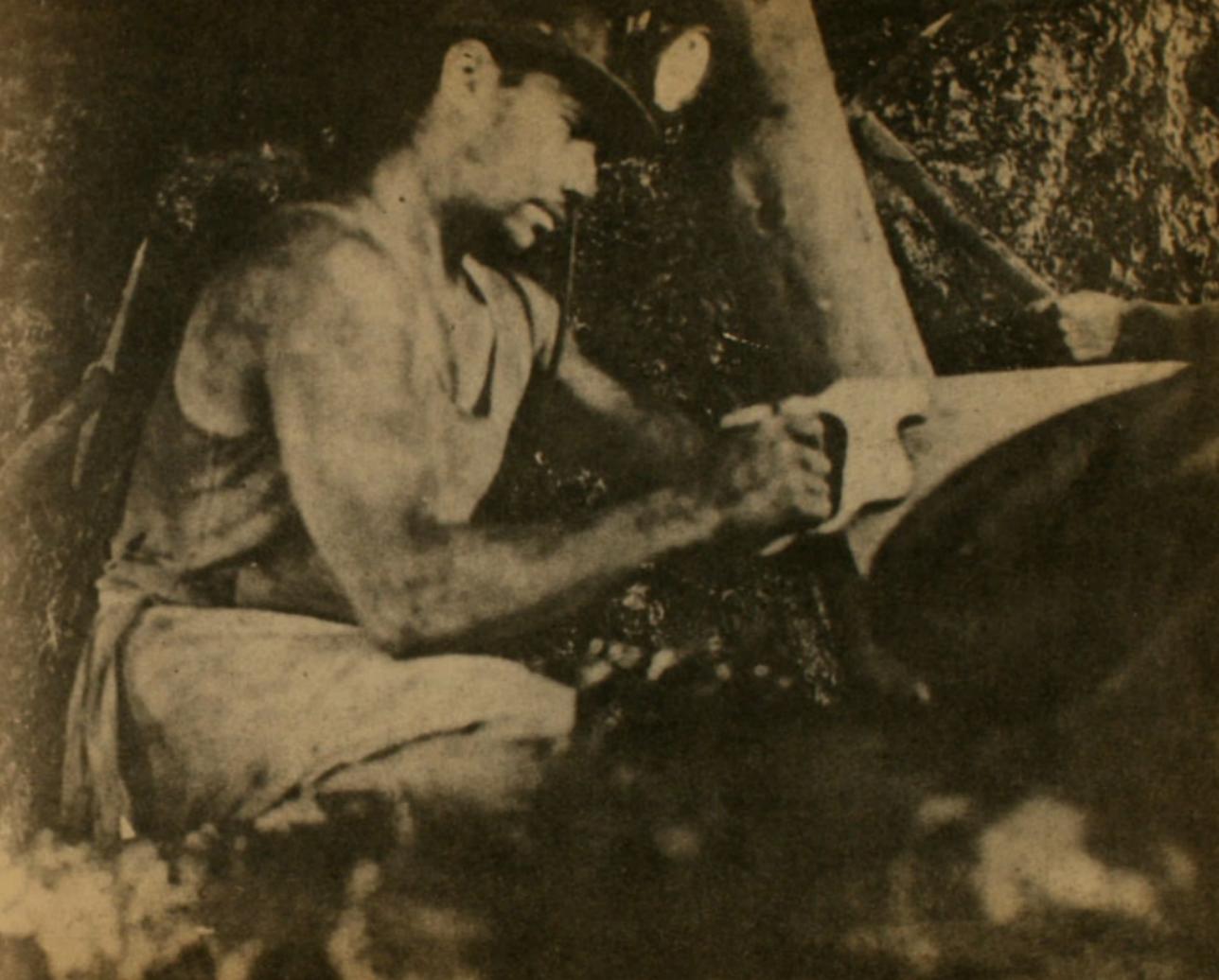
Una noche que estábamos aguantando las corridas, empezó a chiflar oiga, pero fuertazo, y después gritó clarito tres veces: "¡Echa abajo!", pidiendo que echa-

ran la corrida de carros para abajo pa llenarlos él solo. Nosotros estábamos en reposo, eran las noche, hacíamos doce comiendo pan, café y todos sabemos que en la mina no se silba pa dar una orden. Era el huinchero el que tenía que tocar la campana. Si no era otro que el diablo el que andaba abajo. Yo no le hice juicio ni mis compañeros tampoco, pero a uno de ellos se le pusieron los pelos de punta aunque él tampoco creía y nadie se rió.

También en el viejo pique de Puchoco en Schwager la gente ve aparecer las luces y dicen que son las ánimas de los mineros muertos en la inundación del pique. ¿No ve que a fines del siglo pasado se salió el mar y el agua entró por el pozo y fueron muchos los mineros que se ahogaron? Todavía andan penando.

También los curas y los frailes hacen sus apariciones por distintos sitios de las minas. Parecen que siempre andan cobrando unas cuentas medias chuecañ, unas cüenitas raras, y salen por los caminos a asustar a los que no son trigo limpio. En esos casos el diablo se ponía de acuerdo con los curas y después que asustaban a la gente, se separaban y seguían siendo enemigos y entre ellos se malcornaban.

También el diablo aparecía bien tupido



y parejo por Lota y Coronel cuando moría algún mandarín que tenía plata escondida. Dicen que el diablo les jugaba una mala pasada y se vengaba de su avaricia. Entonces el diablo hacía desaparecer el finado y cambiaba su cuerpo por piedras. Naide se atrevía a abrir los ataúdes pa ver si era cierto: capacito que estuviera metido adentro riéndose de todos.

Cuando alguien también sacaba casa nueva o se achutaba más de la cuenta o se le veía derrochando el dinero en las chinganas se hablaba que tenía un contrato con el diablo o que también le podía haber vendido su alma pa salir de pobre y ser personaje importante.

El diablo era también muy burlisto y le gustaba pasarle el soplo a algún minero sobre un tesoro escondido. Antes lo obligaba a confesar que no debía contarle a nadie el secreto y los pobres mineros se pasaban semanas y meses haciendo hoyos por todas partes cuando al final se escuchaba la gran carcajada del diablo, burlándose. A veces, hubo gente que era más diabla que el mismo diablo. En Lo Rojas había un aroma que ahora desapareció. Cuando estaba por llegar la noche aparecía un diablo con dos palos en la cabeza y un trapo negro. Esperaba que la gente

viniera sola y salía aullando como un perro. El pobre cristiano, si no se desmayaba ahí mismo, dejaba botado todo lo que traía. Después se trasladó al túnel de los Jureles en Schwager. Ahí aparecía desnudo y le quitaba la plata al que pasaba. Desapareció por unas semanas para aparecer después en Las Arenas Blancas, donde está el gasómetro actual. Tenía tan aburridos a los vecinos que éstos se armaron de coraje para hacerle frente, porque muchos le encontraban cara conocida, porque nunca se había visto un diablo tan interesado por la plata. Lo pillaron. Se trataba del padre de un tal Chamín. Lo anduvieron paseando a lo que es patada y combo por todo Puchoco y por poco lo fondearon en el mar. Alguien se compadeció del pobre diablo y lo largaron, pero tardó como un mes en reponerse de los puñetes que le pegaron. Lo frisquearon hasta que les dio puntada.

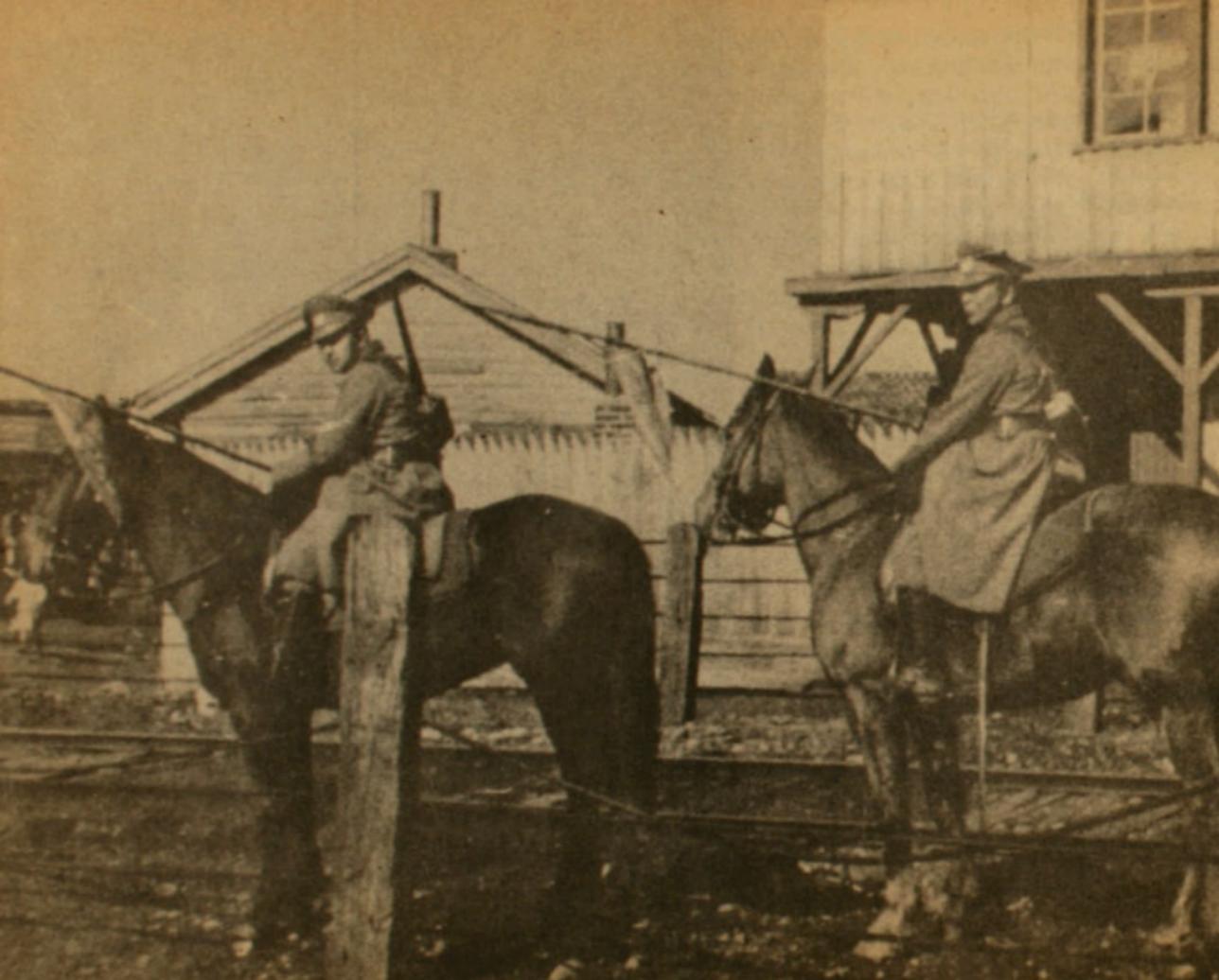
También dicen que los que cayeron en algunos accidentes hacen sus apariciones por la mina. Uno que aparece bien tupido y parejo es el finaito Riffo, que murió en una quemazón en el laboreo Cauques de Pique Arenas. Dicen que lo han visto vestido con la misma tenida del día

que se fue p'al otro mundo y que recorre las galerías como si estuviera trabajando.

Claro que son puras leseras. Pero cuando uno está solo en el laboreo se le cruzan muchas cosas por la cabeza y cualquier ruido ya lo va poniendo saltón y ya parece que le va a aparecer el "Maldito" o que le va a silbar o hacer una diablura.

El minero de origen campesino aun conserva algunas supersticiones. Todos protegen a los ratones, que eran verdaderos empleados municipales. La leyenda del diablo pertenece al pasado.





Testimonio de María Inostroza, en que cuenta la discusión que tuvo con un uniformado que montaba un caballo blanco y cómo se burlaban de los soplones organizando reuniones en el campo en plena represión mientras por encima de sus cabezas pasaban los aviones sajos de la tiranía.

A nosotros también nos tocó trabajar en la campaña presidencial de Gabriel González Videla en grandes desfiles y comicios hasta que conseguimos el triunfo del traidor que nos ofrecía tan grande en la plaza cuando nos hablaba y después resultó que cuando los obreros presentaron su pliego (1947), él en vez de haber cooperado con su pueblo lo traicionó. El lanzó el decreto de reanudación de faenas, pero los obreros no quisieron trabajar porque sus anhelos no habían sido solucionados. Los trenes salían cargados de gente y nosotros los que nos quedamos íbamos a despedirlos. Nos salían bastantes lágrimas porque nos dábamos cuenta que

era un crimen y una injusticia que estaban haciendo con los mineros, que quién sabe a dónde los llevaban con sus familias. Algunos tenían hasta doce niños, pero iban con una alegría gritando a su partido que los había acompañado en la lucha para solucionar el problema del hambre.

Los niños chicos eran los que más lloraban, porque ellos no entendían lo que estaba pasando y se asustaban con la gente armada que había por todos lados. Ellos sentían miedo por la forma como trataban a la gente, la empujaban y con las metralletas amenazaban a los

En 1947 González Videla inició una de las represiones más brutales que se conocen en la historia de nuestro país. El mineral fue cercado por tropas del ejército y carabineros.

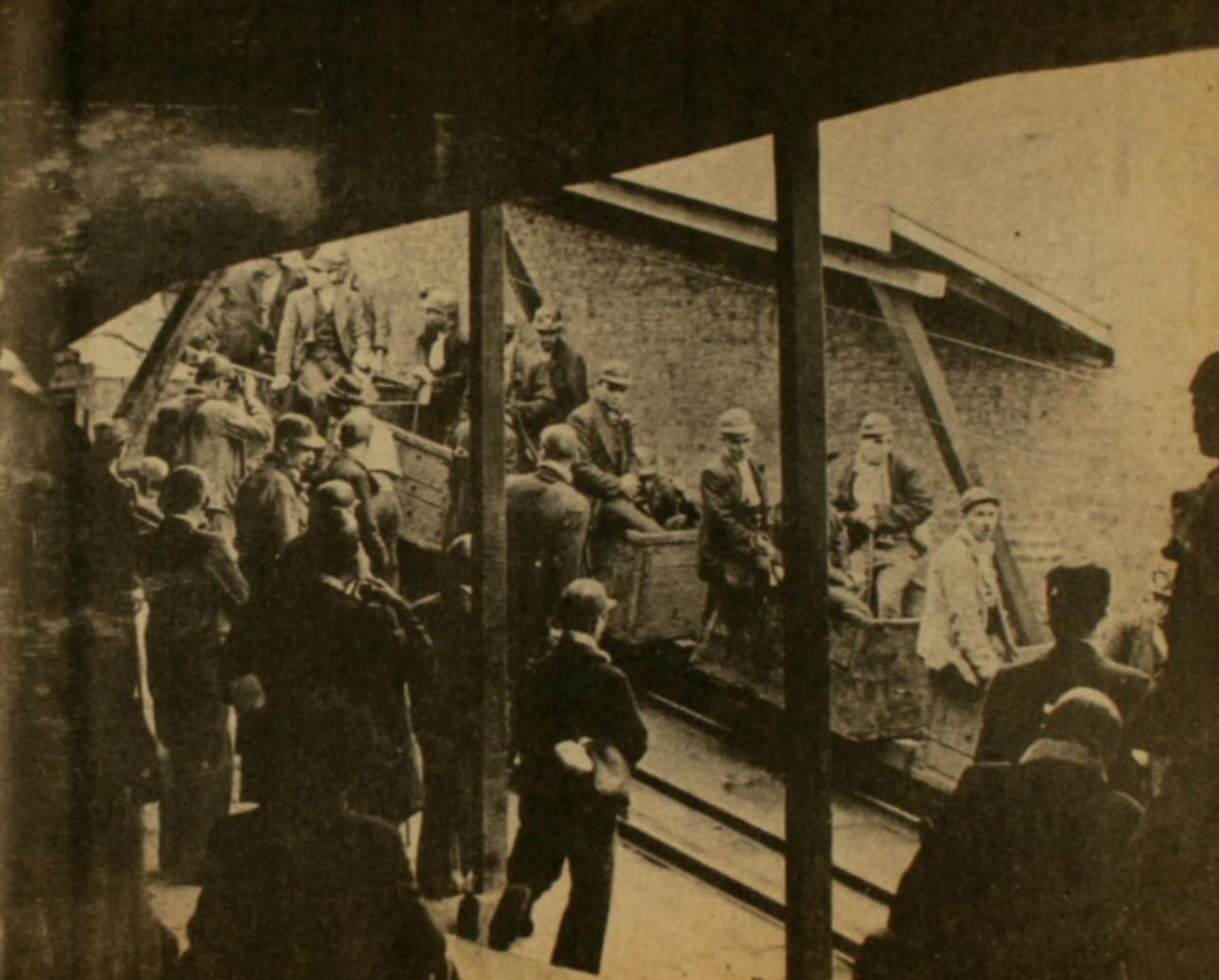
hombres como si fueran ganado, creyendo que se les iban a escapar.

La mayoría de las casas quedaron completamente encerradas, otros mineros alcanzaron a sacar sus cositas, lo que más podían llevar. Ellos se metían en las casas a culatazo limpio, sacaban a la gente y no le daban tiempo para que se recuperaran y ni les dejaban arreglar sus pilchitas. Había que llegar y salir. En la estación tenían como un cuartel donde los reunían a todos a medida que iban llegando y los hacían desfilar hasta encerrarlos en el tren. Después partían. Unos p'al sur y otros p'al norte y otros que nunca más se supo. No por eso el pueblo se acobardó y andaba por las calles pese a todas las amenazas que nos hacían, a pesar también de las bayonetas que siempre estaban encima de nosotros. Y muchos de esos mismos soldados eran hijos de mineros y cuando nosotros los mirábamos de frente, ellos tenían que bajar la cabeza y los ojos porque tenían vergüenza y sabían que no era bueno golpear y amenazar a los de su clase, que todos éramos pobres en esos tiempos de la traición del perro Videla.

A los obreros los echaban a la mina así como los pillaban, con lo puesto, y

se pasaban el turno completo sin un pedazo de pan o de agua siquiera. Y después resulta que trajeron a otra gente que no era minera, que era campesina según lo que decían ellos. Y esa gente se ponía a llorar de puro miedo en la boca de la mina, pero ellos lo hacían bajar a lo que es culatazo, a puro insulto, y hasta le sacaban la madre para que se asustaran. Pero nadie sintió cobardía en ese tiempo. Parece que nos impulsaba la rabia y el odio que sentíamos por el Videla que algún día tendrá que pagarla.

Yo tenía nueve hijos y el más chiquito de todos recién estaba empezando a gatear, no le caminaba bien todavía. A mí también me detuvieron por sospecha. Si fueron muy pocos los que se libraron, fuera de los soplones y otros pocos cobardes que nunca faltan. Me querían llevar de un ala al cuartel y yo le dije que había dejado solos a mis niños chicos. El hombre, que era un paco de civil, no me autorizó pero yo me resbalé y me vine a decirle a los niños lo que estaba pasando y qué es lo que tenían que hacer. La mayorcita me escuchó con todo el miedo en su carita, pero yo le dije que no se asustara y le dije lo que tenían que hacer si no volví.





La huelga grande del carbón se inició el 9 de marzo de 1920, paralizando las faenas durante 45 días hábiles. Cada paro significó un verdadero desafío a la policía particular de la empresa, que empleaba métodos brutales de represión.

Los de civil llegaron a los pocos minutos a mi casa. Eran las 9 de la mañana. Me llevaron a Lota Alto a una escuela. Como a las 3 de la tarde apareció el jefe Irigoyen, que era un militar montado en un caballo blanco, y llegó al patio como un loco y gritando como un zafado dice: "¿Dónde tienen ustedes a la mujer?" Entonces se cuadraron delante de él varios soldados que eran los encargados de vigilar a los presos y le dijeron que yo estaba en la sala. El Irigoyen entró a caballo adentro de la pieza y entonces desde ahí él me grita: "Oye, mujer de mierda, ¿vas a cagar o no vas a cagar?" Quería decir si yo quería hablar y denunciar lo que sabía, y como él me dijo la expresión esa, yo también me indigné y le dije: "Como no tengo ganas de cagar, no cago". Asimismo le contesté. Entonces me dijo: "Puchacay que te tienen alionada los comunistas. Bien dicen que estas mujeres de Lota son harto valientes". "Valientes somos —le contesté—, porque hemos aguantado la represión y el hambre." Entonces preguntó: "¿Esta mujer ha comido o no ha comido?" Ellos le dijeron que no. "Bueno, déjenla un rato más", ordenó mientras retrocedía con el caballo y partió.

A todo esto, los de civil fueron a mi casa y la pusieron de vuelta y media. Después los niños me contaron que hasta las camas las pusieron patas p'arriba. ¿Y qué sacaron con eso? Yo en plena represión conquisté 100 compañeros más para el partido y tenía los carneses enterrados en la casa, pero no los encontraron. La gente se indignó y la misma indignación que le vino le hizo recuperar su valor y entrar al partido que no se escondió nunca, que salió siempre a la luz y siempre defendió a la gente.

Ellos querían sepultar nuestros cuerpos y nuestras ideas en una fosa común. Yo le dije al oficial: "Están equivocados, porque de nuestros cuerpos enterrados van a brotar árboles y de los árboles nidos y ramas y de las ramas frutos y esos frutos vamos a ser nosotros mismos, pero repetidos todavía más veces, muchas más veces. Y por eso no nos vamos a acabar nunca aunque nos fusilen".

"Caramba que te tienen bien enseñada en la Rusia soviética", me contestó. De ahí me pasaron a comer, pero yo no quise probar nada de pura rabia aunque del hambre me llegaban a sonar las tripas. Después llamaron a mi marido y cuando llegó lo primero que le dijo el Irigoyen

fue que apenas llegáramos de vuelta a la casa me diera una buena zurria porque yo le había contestado muchas cosas y recibía muchos consejos de Rusia. Entonces me largaron después de comprobar que tenía muchos hijos y cuando ya se sabía que muchos de los niños que habían sido transportados estaban muriendo de hambre y de frío fuera de Lota. A lo mejor al Videla le empezó a dar un poco de vergüenza por tanta muerte que debía llegar a sus oídos. La muerte de los hijos de los obreros a quien él les hizo la traición. Y yo me pregunto: ¿podrá dormir tranquilo ese perro hoy en la actualidad?

Nos reuníamos en el monte en plena represión. Llevábamos el manye como que íbamos a un paseo y hasta guitarra teníamos que lucir para aumentar el disimulo y nos reuníamos. Porque en ese tiempo los aviones no dejaban de pasar encima de nosotros en los campos, todo el tiempo estaban pasando. Entonces alguien ordenaba que había que quedarse callado porque creíamos que tenían unos aparatos especiales pa escuchar lo que nosotros estábamos hablando en la tierra. Y para más disimular empezábamos a bailar, sacábamos los pañuelos como si se tratara

de una cueca, la que teníamos que bailar pa engañarlos a ellos.

Yo fui hija de una familia muy numerosa. A los padres, a nuestros viejos sólo les importaba que estudiaran los hijos hombres y las mujeres se tenían que quedar en la casa ayudando. Al hijo hombre le daban educación hasta que topaba donde ellos podían estudiar. Yo aprendí lo poquito y nada que sé con el propio esfuerzo mío. Fijese que me arrancaba para ir a la escuela, y mi mamá me cuidaba como si fuera un gramo de oro. Yo no supe lo que era el cine en los tiempos de mi juventud porque había que estar en la casa y mi mamá tenía un hijo casi todos los años. En ese tiempo nos ponían los vestidos largos como si fuéramos viejitas cuando éramos chiquillas. Se usaba también un moñito, a veces hasta tres, uno arriba y dos p'abajo, y los sujetaban con una linda rosa o con la cinta. Recuerdo que la cinta me la regalaba Cirilo Neira, uno que está en Santa Juana y que era dueño de una paquetería. En ese tiempo se sacaban las cosas de las tiendas. Los que casaban dejaban un depósito porque nosotros teníamos libreta y todos los meses veníamos a pagar con mi papá y ahí nos daban la llapa y ellos mismos me po-



nian la cinta, que eran de distintos colores. Los domingos se comían empanadas, y no le faltaba ni la aceituna ni las pasas. Tampoco podía faltar el asado con ensalada. Mi abuelita preparaba un ollón de porotos con mote mei y encima iba el cuero de chancho con color y ají. Era tan picante que uno llegaba a carraspear cuando lo comía. ¡Pero tan ricos que hallaba yo los porotos!

Cuando venía una explosión del gas, sonaban las sirenas. Al escuchar la alarma la gente se iba a pie pa los piques. Recuerdo que estaba de visita en la zona don Pedro Aguirre Cerda cuando se produjo la explosión y cuando nosotros llegamos, ya estaba ahí el Presidente. Se sacó el sombrero y dijo: "Esto es muy grande lo que ha pasado aquí". Estaba muy emocionado porque le llegaba a temblar la voz. La llantería de grandes y chicos era una sola y la gente corría como loca preguntando los nombres de los muertos y los heridos. Yo tengo una fotografía que nos sacaron y donde está mi marido al lado de la urna en la iglesia de Schwäger con su finado. Tan bien que lo captaron. Nosotros no nos vinimos con el viejo hasta que los sepultaron a todos. El pueblo se

volcó en las calles para darles el último adiós a los finados.

Delante se me olvidó contarle que en los tiempos de mi juventud se usaban mucho los zuecos. Eran de palo, sí. Yo iba con zuecos a la escuela. El hombre pobre, el trabajador, el minero andaba con ojotas, y era otra clase la que andaba con zapatos. Los soplones eran de los mismos obreros, igual que todos. ¿Qué les iban a pagar? Cuando me encontré en un caso que apareció uno de esos soplones. Venía coloreando porque le habían sacado la mugre y apareció por el Bienestar y ahí se encontró con el viejo Astorquiza, ese perro que era el jefe. "Señor, mire cómo me han dejado —le dijo el soplón—, porque no soy rojo, porque yo soy de la Compañía." "Yo no soy carabinero —le contestó el perro—. Vaya a avisar a la comisaría", le dijo sin hacerle más juicio.

La huelga de 1947.
Los líderes denuncian la traición
de quien juró defender
los intereses populares hasta las
últimas consecuencias.





Testimonio de Hugo Rojas, superintendente de minas, en que da muchas luces sobre el destino del carbón, anunciando una reserva de 90 millones de toneladas y el nuevo plan de expansión de ENACAR.

En aquellos años trabajábamos con lámparas de aceite que alumbraban muy poco y carecían de encendido. Cuando al minero se le apagaba la lámpara pedía que alguien lo socorriera. Entonces llegaban esos muchachos que trabajaban como lampareros y que no tenían más allá de diecisiete años. Eran los encargados de sacar las lámparas a los lugares donde no existía el peligro del gas y encenderlas.

En la actualidad, pese al cargo en que me desempeño, tengo que bajar a la mina y debo confesar con hidalguía que uno se acostumbra a esto de tal manera que cuando no se baja uno anda como si le faltara algo. Incluso en la casa se crean problemas porque la señora se pone ce-

losa con la mina... Hay muchos casos de mineros antiguos que se han retirado y mueren al poco tiempo porque la parte fundamental de su existencia estaba radicada en la mina.

El minero es fatalista, pero hasta cierto punto. Mejor dicho se puede decir que era fatalista. Ya no tanto. Los jóvenes han cambiado porque existen otros sistemas de seguridad y el peligro de la muerte ya casi sólo pertenece al pasado.

En la base fundamental de la producción del carbón, el hombre clave es el barretero, el que hace el arranque del carbón con el frente mismo. En aquellos años (1940) su trabajo consistía en lo siguiente: el minero de acuerdo a la potencia o altura del manto trabajaba sentado,

otros agachados y también tendidos, portando como herramienta principal una barrena con una hoja de gavilán en la punta de un metro treinta de largo que golpeaba con un combo de mano. Lo iba golpeando y lo iba dando vuelta con su puño para poder hacer un barreno y luego cargarlo con dinamita, dispararlo para quebrar carbón y después con la ayuda de otra herramienta que es el pico, lo partía después del disparo y luego con la pala lo echaba a los carros. Carros de 520 kilos que eran de madera y que se transportaban por tronchas de cincuenta centímetros.

Los medios de transporte del frente hacia los lugares principales de tráfico también eran diferentes a los actuales. Se aprovechaba más que nada la pendiente del manto y mediante una polea de retorno con cabos de acero se usaban el contrapeso del carro lleno que bajaba y el carro vacío que subía.

La minería en Lota se inició con el sistema de pilares, que consistía en introducirse en los mantos que afloraban en la costa porque tanto aquí en Lota como en Schwager, hasta la provincia de Arauco, los mantos estaban todos aflorados. An-

tiguamente los mineros se introducían por los mismos afloramientos, con sus escasos medios. Perforaban chiflones sacando carbón, pero como no disponían de elementos de fortificación adecuados, se internaban en la línea de la costa hacia el mar adentro. Como medio de sostenimiento y de seguridad sacaban calles de carbón. Imagínese usted una pequeña ciudad dividida en calles iguales y mirada desde un avión. Las manzanas serían los pilares y ellos sólo sacaban una mínima parte del carbón. Como los medios que tenían no les permitían seguir profundizando, se marchaban a otras partes o avanzaban hacia abajo, hacia el oeste, hasta donde era posible. Después la minería fue evolucionando y se perforaron los primeros piques. El Pique Grande, que queda al lado de nuestra mina y que es el actual Pique Revueltas, se perforó en el año 1857. Con el correr de los años los mineros llegaron a 240 metros. Desde entonces la técnica determinó dejar lo que se llama un techo de seguridad. Esta es la altura que va desde el nivel del mar hasta 126 metros abajo. De esa línea para arriba no se puede sacar carbón porque existe un peligro

TRAR POR
LADO A LA
A

SE PROHIBE
FUNAR EN ENGANCHE
SUPERIOR PIQUE



evidente. Y como la bahía en Lota no pasa más allá de los 50 metros de profundidad, siempre hay un techo, una costra de 60 ó 70 metros. De ahí para abajo se puede arrancar todo el carbón que se quiera. Pero para arriba nada.

En Lota sólo existe el Pique Carlos Cousiño. Uno solo. En Schwager el Pique Arenas. En Arauco no hay ninguno, sólo chiflones. El chiflón es una galería perforada. El pique es sencillamente un pozo vertical. El pique más antiguo que se conoce aquí es el Pique Grande, luego está el Pique Alberto, que también está en servicio, pero no en producción, sino que sirve de pique de ventilación. En realidad nuestros campos carboníferos son verdaderos pozos, zonas de carbón que hay que estar sacando y que están deterioradas por depresiones de los fenómenos geológicos. En Europa no ocurre esto. El carbón es más antiguo que nuestro carbón chileno, por llamarlo así. El nuestro es de la época del terciario.

Tenemos un caso reciente. Hemos probado dos máquinas del sistema mecanizado para arranque del carbón en el mantod, que es de baja potencia y resulta que es un carbón sumamente duro. Te-

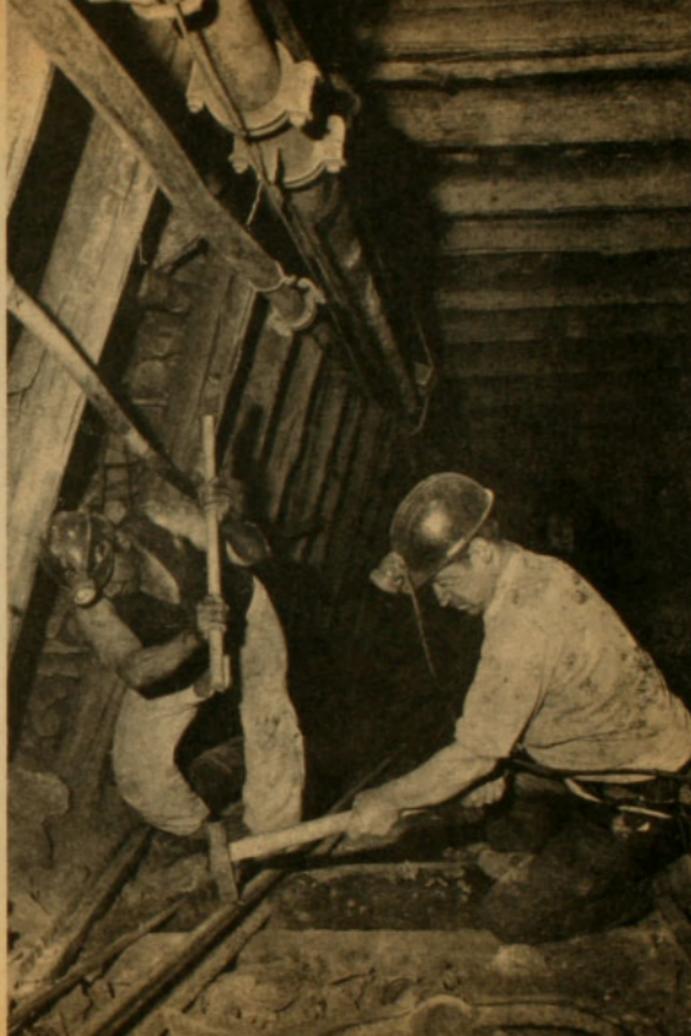
nemos el problema encima de que no hemos podido hacer trabajar estas máquinas aun contando con el apoyo de los técnicos alemanes de la fábrica que han venido a ayudarnos. La estructura misma del carbón tiene intercalaciones de tosca que el minero llama bronce y que la herramienta no puede cortar. Los principales consumidores de nuestro carbón son la siderúrgica CAP, Compañía de Acero del Pacífico, luego la electricidad. No se exporta carbón. Existen siempre las esperanzas, pero en la actualidad no hemos alcanzado a producir las necesidades del mercado nacional.

El estudio de las reservas mínimas alcanza a 90 millones de toneladas, de manera que el plan de expansión significa por lo menos una tranquilidad por unos diez años. Pero nuestras reservas y posibilidades son extraordinarias. El plan de expansión comprende un período desde el año 73 hasta el año 1980.

Uno de los factores principales de la baja en la producción son las condiciones geológicas desfavorables que hemos encontrado. La mina se desarrolló en su estructura principal en el nivel 480, es decir a 480 metros bajo el nivel del mar.

Ahí hay una galería cercana a los 7 kilómetros que atraviesa toda la mina y donde corre el sistema de locomotoras eléctricas. Desde ahí se distribuyen todas las secciones de explotación tanto hacia el norte como hacia el sur. Pero mirando el futuro del carbón se desarrollan otros chiflones para conseguir un nivel más profundo. De los 480 metros bajamos entonces a los 650, para abarcar en esta forma un campo más vasto, sobre todo en el lado sur. Pero nos hemos encontrado con grandes obstáculos, con fallas y malas condiciones de los paños que le ha quitado ritmo a nuestro proceso de producción. Son los imprevistos. Es la desventaja de las minas submarinas. Por eso en este año no tenemos un gran aumento de la producción. Seguiremos con los niveles actuales en beneficio del desarrollo en gran escala. Porque esta pelea se la vamos a ganar al carbón, cueste lo que cueste.

Muchas de las herramientas
y los instrumentos
de trabajo usados por los mineros
tienen nombres de
animales: burro, gallo, clavo perro,
gato, loro, pato, mono.





Una de las calles céntricas de Lota en plena represión. Cientos de familias debieron abandonar la zona carbonífera. El control de los alimentos por las autoridades significó la muerte por hambre de numerosos niños.

Testimonio de Leonila Aravena Chamorro, hablando de la solidaridad humana con los cesantes del 47 y recordando también las varaciones de la merluza en la huelga de Playa Blanca.

—Habré cometido un delito muy grande —le dije yo— que me trajeron aquí. Quiero saber por qué me trajeron.

—Ah —me dijo el hombre—. Te mandamos a buscar porque soi muy buena para cantar. Y vamos a cantar la Cuarta Internacional.

—Bah —le contesté—. Yo no había oído nunca esa Cuarta Internacional. Pero si usted la sabe y me la enseña, la vamos a cantar los dos juntos.

—Caramba que tenis buen vozarrón —me contestó el hombre—. Eres muy gallita. —Ordenó—: Tráiganle un vaso de leche a esta mujer.

—No —le dije yo—. Si no estoy enferma del hambre. Gracias a Dios tengo que comer hasta para darle a usted.

Y lo traté bien mal y tarde me fui a dar cuenta que era el comandante el que mandaba, porque estaba en manga de camisa, sin la chaqueta. Entonces me mandó pa la casa. Me fueron a dejar otra vez porque mis vecinas se habían quedado llorando a lo que es grito, creían que me iban a matar cuando llegaron los pacos y me pusieron las cadenas a los dos lados. Así que llegué a la casa, me eché a la cama, me dieron algo para que se me volviera a calentar el estómago, ¿no ve que estuve dos días en blanco sin probarle el alimento? Estaba transpirando cuando llegaron otra vez a buscarme. Yo no quería ir. Me acuerdo siempre de una comadre que lloraba y decía: "vaya, coma-

dre, pa que salga de una vez de esto. ¿Qué es lo que van a hacer con usted? ¿O que es que se la van a comer? No tenga miedo, vaya". Así que yo me levanté, me puse las medias y partí. Cuando llegué allá y tenían un tribunal tremendo lleno de militares. Me sentaron ahí y después apareció otro comandante que fue el que me interrogó.

—Mira, mujer —me retó—. ¿Cuándo fue la última vez que tu marido se reunió con los compañeros en la casa de ustedes?

Me hice la tonta y le dije:

—No tengo idea de lo que me está hablando.

El se puso a gritar:

—A esta mujer hay que encerrarla porque está mintiendo.

—Usted no me puede encerrar nada —le contesté—, porque si usted no me justifica ninguna cosa no me puede encerrar. Y él me gritaba y yo también.

Empezó otra vez a cargosear pa que le soltara los nombres.

—¿Sabe qué más? —le dije—. Déjense de esas tonterías porque aquí estamos en una verdadera Alemania nazi. Yo soy muy entusiasta al teatro —le dije—, y veo todas esas cosas en el teatro. Si aquí

lo que hay es hambre más que ninguna otra cosa. Si en el pliego de peticiones se pedía más pan, más que comer y ahora nos han tratado que somos comunistas. Si quieren mándenme a cambiar donde quieran. Transpórtenme pa donde están transportando pa quedar tranquila —le dije yo al uniformado que me miraba con tamaños ojos.

Tratamos de tantas cosas. ¡Uhhh si conversamos tanto! Después me echaron pa fuera y fue cuando venía llegando una chiquilla que habíamos sacado de abanderada pa la campaña de Videla. La llamé a un lado y le alcancé a decir: "No hay que chillar". ¿Y cómo jue la palabra que le dije: "¡Sálvese quien pueda! Tú tenís que decir que fuiste abanderada, eso no lo vas a negar. Que saliste, triunfaste y sacamos el gobierno que queríamos y él está gobernando. ¿Y qué es lo quieren ahora?" La chiquilla trabajaba en la cerámica, era muy linda. Ahora está en Quilpué. Se casó con un marinero que ya no navega. Fue ahijada de casamiento mía. Salió la abanderada con los ojos llenos de lágrimas, ¿no ve que éstos de un grito la aturdirían a una?, parece que nosotros éramos unos criminales. Me volvieron a llamar pa seguir con las pregun-



tas y yo les dije que en vez de terminar con el comunismo lo estaban sembrando porque al seguir transportando a todas partes del país a la gente, esa gente va diciendo lo que ve, lo que es su pensamiento, su idea. Ya ahí les gustó.

—¿Y usted cómo lo habría terminado?
—me preguntó el comandante.

Le contesté:

—No, no lo habría terminado en esa forma. Soy una mujer analfabeta, apenas sé cómo me llamo, pero le puedo decir que con tantos militares que tienen ustedes, tres o cuatro militares por cada trabajador y ellos no están produciendo y el gobierno los está botando por todas partes haciendo sufrir a los padres y sus hijos por puro capricho, ustedes la van a ver con tongo.

Entonces el comandante me dijo:

—Mire, señora, usted no se mueva de la zona, usted habla muy claro.

Yo quería que me echaran y ellos decían que no. “Nos vamos a poner al habla con el Supremo Gobierno de la Nación (yo sabía que ésas eran puras mentiras), para que se quede aquí.” “Entonces les dije que mi compañero también estaba preso y que lo habían dejado cesante. Y el comandante me dijo que me fuera

tranquila, que no me preocupara, pero yo sabía que me estaba engañando por la cara sospechosa que me puso.

Había en ese tiempo un maldito viejo llamado Astorquiza que condenaba a todos los que tenían la idea de la revolución. A mi viejo no le volvieron a dar nunca más trabajo y ahí empezaron nuestras pellejerías. Teníamos una comadre ahí en la calle Coronel y ella me dijo: “Venite, Leonila, p’abajo, aquí tenís la casa antes de que te vayan a botar quizás pa onde esos perros bribones”. Nos vinimos. Entonces se enfermó la niña que era nuestra única hija. Se le desarrolló la tuberculosis pulmonar de pensión, quedó apensionada por los malos alimentos. Tenía siete años y era muy despierta y la mejor alumna de su curso. Pero le vino el decaimiento y se lo pasaba todo el día al lado del fueguito muerta de frío y sin ganas de hablar.

Empezamos a vivir mal y sin trabajar ya que mi viejo seguía sin encontrar pega. Yo afrontaba haciendo el pan y lo vendía. Mi chiquilla seguía tan mal que tuve que llevarla al hospital, pero me dijeron que no tenía derecho porque en ese tiempo el derecho era sólo hasta los dos años no más. Y por esa razón me dijeron que





no, que no la podían atender. “Mi marido es cesante del 47 —les expliqué— y no le dan trabajo por las ideas que él tiene.” Llevamos entonces la niña donde el doctor Copaja. Yo me quedé afuerita, escuchando lo que él dijo: “Esta niñita está muy mal”. Le dio un papel y le pusieron los rayos, todos salpicados estaban los pulmoncitos. Yo los vi y me puse a llorar. La señorita que me acompañó, que era la visitadora social, me dijo: “¿Qué saca con llorar?, tiene que resignarse”. “Cómo no voy a llorar —le contesté— cuando mi niña tiene los pulmones acabados y jante que es la única que tengo.”

Entonces el director de la Escuela de Artesanos se puso al habla con los periodistas y les dio a conocer mi caso. Una tía llevó el diario y me dijo: “Ve esto aquí”. Vi yo que pedían ayuda en una colecta pa una niñita de la Escuela 11 que era la mejor del curso y que estaba grave y su padre era cesante del 47 y que su madre trabajaba en el pan, y esa niñita era mi hija, la Teresita. Tengo guardados todos esos recortes. Pedían ayuda pa comprar estraptomicina.

De Arauco le mandaron 1 gramo, de Talcahuano le mandaron 2 gramos hasta

juntar 4 en su totalidad. Tuvimos que ir a dejarla al hospital con mi viejo. Si ya no pesaba nada. Pesaba 11 kilos, nunca me voy a olvidar de eso y en la colecta la gente se desprendía porque sabían que se trataba de un cesante del 47 que había caído en la lucha. Se salvó pa siempre mi hija. Ahora anda en los treinta años. Tengo seis nietos, cinco vivos y sólo uno muerto. Ya no hay más. A mi viejo le volvieron a dar trabajo casi al cumplir tres años de cesantía en la Forestal Colcura. Ahí terminó de dar sus pulmones cuando salió jubilado y enfermo.

Nosotros en plena represión nos reunimos por todas partes. Yo nunca me dejé. Por eso todavía me siguen recordando los transportados que se fueron pa Santiago y pa otros lados. Algunos no volvieron nunca más a la zona, pero todavía me recuerdan. Fijese que ese desgraciado del Videla me dijo en plena Plaza de Armas que cuando fuera Presidente me iba a dar un mes a mí pa que descansara en Santiago y también me iba a dar un teatro portátil para el Centro Artístico que era muy bonito y que dirigíamos nosotros. ¿Y qué fue lo que nos dio? La puerta por las narices. Cesantía. Traición. Hambre y la enfermedad de mi chiquilla. Si lo lle-

gara a ver de nuevo le escupiría la cara aunque tuviera que ensuciar mi saliva y le diría: "¡Poco hombre, que no cumpliste con tu pueblo que te llevó al poder!" Eso le diría yo.

Nosotros estábamos medio acostumbrados a las persecuciones, porque tenía sólo siete años cuando mandaron a mis padres a Playa Blanca. Allá mi papá era cocinero de la olla común. Iban los pescadores, cooperaban con el pescado. Llegaban en la mañana, ellos daban el pescado y nosotros los chiquillos ayudábamos también. Y cuando venían los compañeros de Santiago a hacernos la reunión, los comicios que llamábamos nosotros, atajábamos el tren ahí para que no pasara hasta Lota. Se ponían las mujeres y los niños en la línea y el tren no pasaba y entonces los dirigentes se bajaban ahí mismo. Porque en ese tiempo los pacos detenían a los dirigentes. Ahí venía el viejito Quevedo, que tenía toda su cabecita blanca. Nosotros, la chiquillería, lo salíamos a encontrar y lo pescábamos de una mano y junto con la Luca Montésinos, que ahora tiene un bar en la calle Coronel, gritábamos diciendo: "Ahí viene el viejito no te veo", en vez de decirle Quevedo, que era su nombre verdadero. Y salíamos corriendo

con él hasta las ramadas donde estaban todos los compañeros esperándolo.

En ese tiempo conocí a Recabarren. Era un moreno medio barbón según mi recuerdo. Muy simpático. Canoso ya estaba. Nosotros lo íbamos a abrazar cuando llegaba.

Recuerdo que una vez se varó la merluza. Se empezó a varar y ésa fue la salvación. La gente la sacaba con la mano y era tanta la abundancia que hasta la poníamos a secar. Y la comida ya no nos faltaba, que era el caldito de pescado a toda hora. Papa no había, pero nos íbamos arreglando con la salsita y la grasita.

Mi viejo sacó dos pensiones. La de la silicosis y tiene la de la ley del Seguro. Entonces con una nos vestimos y con la otra comimos. Tuvimos alegría con nuestro Gobierno cuando nos pagó el primer reajuste que el sinvergüenza de Frei se lo había llevado. Cuando llegó mi marido y me tiró un millón de pesos, yo lloré de alegría y fui a la Feria y me compré un gran queso y nos pusimos a tomar mate en nombre de mi Gobierno y los dos con mi viejo lloramos porque los dos somos uña y carne. Yo me casé a los catorce años y ya cumplimos cuarenta y seis años de casados.





Testimonio de Omar Sanhueza, presidente del Sindicato de Lota, que por ser hijo de obrero fue eliminado de la escuela, y no, pudiendo ser maestro, como era su vocación, y por el hecho de tener un poco de letra, salió en defensa de sus compañeros denunciando injusticias, robos y atropellos.

Treinta y seis años, casado, siete hijos. Dos muertos: un hombre y una muercita.

La niña se me murió por negligencia de un médico que le dijo a mi compañera cuando la llevó que la niña estaba sana, que era muy alharaquenta y que no necesitaba atención. Era un médico que sentía hidrofobia por el carbón. La mandó para la casa y durante la misma noche se nos murió. En la cama. Dormía en la misma cama con nosotros porque no teníamos otra porque la pieza era muy chica.

Mi padre fue minero en esta industria. Trabajó más de cuarenta y cinco años.

Fue uno de los viejos mineros cuando se trabajaba aún en forma muy primitiva. Cuando yo hablo de mi viejo me refiero a mi abuelo. Soy criado por abuelos. Mi madre trabajaba en la empresa como enfermera. Fue madre soltera y yo dependo de esa categoría de hijos. Yo aquí a los viejos mineros se los digo en la asamblea porque no tengo pelos en la lengua. Aquí no hay huachos, se terminaron los huachos, y desgraciadamente, aunque es muy doloroso para uno, me pongo como ejemplo y digo que no voy a permitir que ningún minero haga eso. Entonces uno tiene que hacerle entender a los compañeros que no se trata de hacer hijos y dejarlos



botados como perritos huachos. Alcanzé a estudiar hasta tercer año primario porque entonces fue cuando llegó la represión del 47. Tenía once años, así que me acuerdo de todo, las chanchadas y las burredas que hicieron con los mineros. Mi familia también sufrió las persecuciones del régimen traidor de González Videla.

Recuerdo que mi abuelita vivía en el cerro Fundición, en un pabellón que le llaman el Barrio Chino. Ahora ya tiene como ochenta y seis años. Entonces vi cuando los militares le pegaban culatazos a mi viejita y a nosotros también nos pegaban. Nos daban sus buenos aletazos en la carita para que dijéramos dónde estaban nuestros viejos. Y al lado de la casa donde vivíamos había en el subterráneo diecisiete mineros escondidos y entre ellos estaba mi viejo. Las bayonetas las calaban en las camas para comprobar si se metía alguien en el colchón, para ver si gritaba algún minero que estuviera enredado en medio de los colchones. Pero no encontraron nunca a un minero así.

Yo soy nacido y criado en el Pabellón 78, barrio Chiflón. Porque ahí hay un pique que se llama El Chiflón. Y entonces, cuando iban a carnear (desgra

ciadamente no había entonces una alta conciencia como la hay ahora), pasaban camiones con fondos donde hacen las ollas comunes, llevándoles mantas y comidas a los perlas. Los mineros que vivían en ese barrio y nosotros los niños los agarrábamos a camotazo limpio. Las hondas servían de metralleta para tirarle piedras a la cabeza a los carneros que pasaban arriba de los camiones. Muchos de estos carneros entregaban listas de sus propios compañeros y tenían una guardia especial para ubicar a los dirigentes y entregarlos a las fuerzas armadas. En ese tiempo desgraciadamente los uniformados tenían un criterio muy diferente al de ahora, que aplaudimos.

Por lo demás, el minero, todos los días, en las noches, a cada hora, está enfrentando la muerte en el frente de trabajo. El trabajo de la mina es muy duro. Esto es una realidad confirmada por los compañeros del cobre y ellos reconocen que el trabajo del minero del carbón en realidad es mucho más sacrificado que el que hacen ellos.

No todos los chilenos saben que existen hombres que trabajan a 3.000, incluso a 8.000 metros bajo el mar hacia dentro del Pacífico, en galerías que tienen 550 me-

tros de profundidad en el Pique Carlos, donde bajan normalmente los compañeros. Aparte de eso hay galerías de hasta 8 kilómetros en línea horizontal y otras que nosotros llamamos los corrientes, que bajan a otra profundidad, a 500 y hasta 800 metros más, y aparte de eso hay que andar 100 ó 200, hasta 500 metros más de galería. Aquí hubo un laboreo, el famoso Laboreo Centenario, que hubo necesidad de dividirlo en dos. Llegó casi a los 2.000 metros de largo.

Mi hermano volvió como a los cinco años de la relegación y no volvió directamente a la casa porque no lo dejaban entrar en la zona del carbón. Lo dejaron entrar sólo hasta Concepción. Entonces la finada de mi madre recorrió el barrio y todos los vecinos aportaron con una chauchita, con unos pesos, para poder juntar la plata suficiente y que mi madre fuera a buscar al finado de mi hermano, que también ahora es muerto. No lo dejaban pasar. Nosotros íbamos a Concepción a patita pelada con el otro hermano mío, con una camisita, con un pantaloncito todo parchado en las partes traseras. Mi hermano trabajaba en construcción o en cualquier tipo de pega para subsistir. Después me puse a estudiar. Siempre le he

dicho a los viejos que yo estaba estudiando y alguien me quitó el derecho para educar a sus hijos, pero si no me sirvió para educar a sus hijos me ha servido bastante para defenderlos a ustedes, les digo.

Yo en principio pensaba mucho en la familia. Nosotros vivíamos solos, el hermano aún no podía llegar. Le estoy hablando del año 52. Un profesor me agarró mala barra porque odiaba a los mineros y a los hijos de los mineros. Era todavía la época en que el minero tenía fama de cuchillero, lo que era falso, una calumnia más que le levantaban a los trabajadores.

Tenía que dedicarme a hacer algo aquí. Yo vendía el pan, los piñones, las castañas. A los dieciocho años bajé a la mina como apir. Entre el año 55 hasta el 65 aproximadamente fui uno de los dirigentes más perseguidos, porque como le digo siempre fui un poco rebelde y entonces ante la injusticia me rebelaba, denunciaba a los que no le pagaban los tratos a los compañeros y como yo tenía un poquito de letra les sacaba la cuenta. Llegaba a mi casa bastante cansado y lo primero que hacía era tomar el lápiz y la libreta y sacar la cuenta. Entonces le decía al compañero en la noche o en la semana

cuando nos pasaban el resumen: "Esto tenemos que sacar de abono, compañero. Esta es la platita que nos va a sobrar de lo que nos descuentan del salario". Eso es lo que se llama trabajo a trato. Los mayordomos recortaban, como ahora también hay algunos que por desgracia recortan y crean problemas pese a que estamos en una situación muy distinta. Entonces los mandarines me empezaron a agarrar mala barra también.

En el año 56 nosotros seguíamos en la ilegalidad y prácticamente estábamos solos en la zona del carbón. Los otros partidos estaban unidos entre algunos de ellos. Había socialistas; el Padena, que le queda el puro nombre y hasta tienen un caballero que los representa; los radicales, los liberales, los conservadores. Claro había liberales. Y había también algunos mineros liberales. Incluso conozco el caso de tres compañeros mineros igual que yo y que tienen tantas o más necesidades que yo y que tienen otra mentalidad y no ocupan su platita en lo que realmente debían ocuparla. Son más pobres, son más humildes incluso y son momios, pertenecen al partido de los momios. Sirve para ponerlos como curiosidad.

La huelga más grande en que me ha

tocado participar fue la del año 60. Y esa huelga larga como se le llamó duró noventa y seis días y aparte de eso nos pilló un invierno y aparte del invierno la naturaleza nos dejó caer tres terremotos. El primero fue como a las 6.10 de la mañana el día 21 de mayo, el segundo fue como a las 3 de la tarde que cayó día domingo 22 y el mismo 22 como a los quince o veinte minutos hubo otro terremoto tan grande como el primero. Muchos pabellones y casas se vinieron a tierra. Murieron como dieciocho personas entre mineros con sus esposas y algunos niños.

Fue una situación muy dura, muy dramática, muy difícil. Un momento en la historia del proletariado del carbón que no se puede olvidar tan fácilmente y que por desgracia nosotros de la parte oficialista no obtuvimos ninguna ayuda. Al contrario, aquí vino el gobierno del señor Alessandri y en vez de ofrecer ayuda vino a amenazar a los mineros exigiendo que tenían que salir a trabajar, dejar su huelga porque había que levantar las casas. Pero aquí se mantuvo firme la gente y continuamos la huelga pese a los tres terremotos, pese a los temporales.

Hicimos una marcha sobre Concepción,





la primera en la historia del movimiento huelguístico del carbón. Marcharon las compañeras con sus guaguas en brazos, a pata pelada. Algunos casi semidesnudos porque no tenían plata, no tenían ropa, no había cómo vestirse, no había qué comer. Pero nosotros sí debemos destacar un hecho muy importante: La solidaridad de todos los trabajadores de Chile. También se formó una caravana donde nosotros buscamos los hogares con más hijos y que tenían más necesidades para mandarlos fuera de Lota. Fue un hecho muy doloroso. Entonces los niños salieron. Salieron de los brazos de la madre y fueron a dar a otros hogares que los acogieron como si fueran hijos propios. Ellos tuvieron oportunidad de comprobar el cariño que muchos chilenos sentían por sus padres, que en ese momento estaban luchando aquí en el carbón.

Nadie que vio la partida de esos hijos la podrá olvidar jamás. Porque mientras por un lado existía la seguridad que se iban a los hogares donde nada les faltaría, las madres se colgaban hasta último momento de sus hijos. Y era natural que así fuera. Pero también esas mujeres tenían tanta conciencia que aceptaban la situación en medio de las lágrimas y los

abrazos desgarradores y la inocente sonrisa de los pequeños que partían sin saber cuándo iban a volver.

Recibimos también el respaldo internacional de los pueblos hermanos. Aquí llegó mucha azúcar de Cuba y se repartió a todos los trabajadores esa ayuda que Fidel Castro envió a nombre del pueblo cubano. Nosotros cuando cometemos errores lo reconocemos. Después de la huelga larga económicamente quedamos mal. Era un gobierno reaccionario y qué otra cosa íbamos a esperar. Hubo represión que no fue física, que fue de otra naturaleza y que es peor. Porque cuando a uno lo atacan físicamente uno se puede defender. Pero a mí me parece que es peor la represión si vienen camiones con víveres y que valen en plata una cantidad no determinada, pero que en lo que representan valen mucho más que esa cantidad porque viene reflejada la solidaridad de los trabajadores. Y ahí en Concepción los desviaban para otras provincias y a nosotros nos dejaban sin comer. Esa es una represión peor porque aquí murieron muchos niños, murieron de hambre porque no había leche, no había pan. Y toda la ayuda que nos enviaban a nosotros ellos la desviaban y entonces no nos llegaba

Con la entrega de 1.000 departamentos en el Cerro Fundición, también cambiará el destino de los niños mineros. Atrás quedarán las pocilgas levantadas por los gobiernos reaccionarios.

nada y decían que los mineros eran unos flojos que no querían ir a trabajar. El gobierno nos tapó a calumnias en ese momento, porque si nosotros nos hubiéramos quedado a brazos cruzados, Lota no estaría como está ahora. Lota ha cambiado y está superando su problema habitacional. Vea usted esos departamentos que se están haciendo allá arriba en el cerro Fundición. Suman más de 1.000. Y por contraste ahí están las casas que hizo el señor Frei, el señor Alessandri, que son verdaderas pocilgas donde ya no pueden vivir ni los chanchos.

Los compañeros chinchorren; son gente que vive muy humilde en las playas de nuestro litoral y que recogen el carbón que bota el mar. El mar bota ese carbón que sale de la mina en los carros de tosca que no se limpian bien; entonces se caen de la corrida y van al mar y el mar los devuelve y hay que recuperarlos con los chinchorros metidos hasta la cintura. Entonces ésa es una pequeña fuente de trabajo que tiene la gente. Ahora ya muchos de ellos están trabajando en la mina. Aquí se han contratado más de 1.000 nuevos trabajadores desde que el Gobierno estatizó la industria y ésa es una demostración real de cómo el Gobierno al

estatizar las industrias —y pese que la nuestra aún no se financia— ha aliviado la enorme carga que significaba la cesantía en la zona del carbón.

Nosotros nos sentimos inmensamente felices cuando el compañero Salvador Allende vino a fines de diciembre de 1970. Fue un verdadero regalo de Pascua y Año Nuevo lo que nos trajo. Le dimos el abrazo al Presidente con algunas horas de anticipación aquí mismo en la plaza y él dijo: "Vengo a entregarles una industria que perteneció a los capitalistas, a los que por años y por siglos han explotado a los trabajadores del carbón, y espero que ahora que queda en manos de ustedes sepan responder a la confianza que el Gobierno y todos los trabajadores chilenos tienen en ustedes".

Diccionario de vocablos mineros

Recopilado por el ingeniero de minas Santos Galindo en colaboración con el Instituto Central de Lenguas de la Universidad de Concepción. Algunos de estos vocablos están actualmente en desuso.

ABARROTE: Relleno de tosca a granel.
AGUA DE FIERRO: Bebida de yerba con azúcar quemada que llevan los mineros para beber.
AGUJA: Herramienta en forma de punzón usada en el martillo neumático.
ALISTADOR: Era el encargado de llevar los libros en que se anotaban los salarios ganados por los operarios de las minas.
APIR: Ayudante de maestro minero.
ASUMAGADA: Madera en estado de descomposición.
BODEGA EN BANDA: Hueco sin rellenar con tosca.
BOMBERO: Operario encargado de las bombas que achican el agua de las minas.
BRAMADERO: Surco de madera donde descansa el torno que conduce cajones en las pendientes.
BURRERA: Herramienta que usaba el barretero para hacer las perforaciones para los tiros.
BURRO: Carro plano con cuatro orejas para transportar madera.

CABRIAS: Volante en lo alto de la boca del pique para sostener los cables que suspenden la jaula.
CACHO O CHIFLE: Cuerno de asta de buey que usan algunos mineros en vez de charra para llevar café y otras bebidas a las faenas.
CACHORRO: Barreno corto utilizado para preparar pequeñas tronaduras.
CALLAPO: Clavos que sirven para asegurar el frente mientras avanza el barretero.
CAMINERO: Hombre responsable de la conservación de los rieles y del tráfico en el interior de la mina.
CAMINOS: Par de rieles instalados para el transporte.
CEDENTE: Sistema de fortificaciones que actúa como cojín.
CIRCA: Corte hecho a la veta en su parte de abajo para facilitar su remoción.
CIRCADORA: Máquina parecida a una motosierra que hace un corte al carbón.
CLAVO PERRO: Clavos que sirven para sujetar los rieles adheridos a los durmientes en las líneas.

COÑO: Aparato de fierro que se coloca en el medio de la vía por donde trafican los cajones para detenerlos en un momento dado, especialmente en casos de peligro.

COÑERO: Operario encargado de manejar los coños que no trabaja por acción mecánica.

CORREDOR DE FUEGO: Nombre dado antiguamente al disparador.

CORRIDA: Convoy de carros, varios carros enganchados.

CORRIENDO: Parte inclinada de la mina.

CORTINA: Pedazos de lona alquitranada que se colocan para facilitar la ventilación.

CUNCUNA: Herramienta compuesta por una barra dentada por donde avanza una pieza móvil que sirve para arrastrar objetos pesados en la mina.

CUSPE: Trozo de madera para lograr ajuste entre el poste y la viga.

CHANCHO: Barriles de madera o latón montados sobre ruedas destinados a transportar agua para beber en la mina.

CHARRA: Tiesto de lata o porcelana usado para el mismo fin anterior.

CHARRANCO: Ventiladores eléctricos.

CHASCA: Trozo de carbón que queda pendiente al techo, al sacar la veta.

CHEMINAL: Pequeña excavación realizada para lograr terreno firme y asentar un poste o viga.

CHIFLON: Galería principal de la mina.

CHOCA: Galería que se abre en el frente de trabajo para obtener tosca y hacer rellenos.

CHOROY: Dispositivo que se pone en los rieles inclinados para detener y evitar el brusco deslizamiento de los carros.

DETONADOR: Fulminante que activa la explosión de la dinamita.

DOBLE: Desvío destinado a almacenar cajones vacíos.

ENGANCHADOR: Operario encargado de unir los cajones por medio de cadenas para formar los convoyes.

ENMADERADOR: Encargado de colocar madera en los avances y asegurar los frentes.

EMPELLA: Capa de tosca sobre la veta del carbón.

FALLAMAN: Pañuelo para enjugar la transpiración usado por el minero. Parece tener origen en la palabra inglesa *fireman*, hombre fuego o corredor de fuego como llamaban antes a los disparadores actuales.

FALLERO: El que no asiste a su trabajo sin causa justificada.

FALLO: Se dice cuando se ha perdido la veta del carbón: "Dimos un fallo".

FICHA: Placa metálica numerada que se entrega a cada operario al entrar a la faena para el control del tiempo trabajado.

FUGA: Escape de aire o agua de una cañería.

GALLO: Herramienta usada para manipular objetos pesados. Consiste en un gancho con una manilla para tomarlo.

GATERO: El que trabaja con los gatos.

GATO: Implemento para levantar vigas.

GUAMECO: Bolsón de lona o género para llevar comestibles o alguna herramienta.

GUARDIAN: Operario encargado de vigilar el normal funcionamiento de los sinfines.

HUACHA: Trecho de galería en la cual los huacheros trasladan carros.

HUACHO: Carro adicional agregado a la dotación normal del escotor.

HUITRA: Labor pequeña que une un nivel superior con otro inferior por donde se descarga material.

JAULA: Ascensor que se usa para descender o ascender a los piques.

LABOREO: Sector en que se efectúa la extracción de carbón.

LAMPARERIA: Sitio donde se preparan y mantienen las lámparas.

LAUCHA: Carro especial que facilita la acción de los cajones llenos o vacíos en las partes inclinadas.

LLAMPO: Carbón fino producido por la circadora en la veta.

LORO: Persona que se ubica en lugares de acceso hacia el lugar de una tronadura, con el objeto de advertir el peligro.

LOZA: Nombre que se daba a la ración de cada minero en los tiempos en que se mandaba la comida a la mina. Se decía "Baja la loza" o "¿A qué hora llegará la loza?"

MACHINA: Aparato para adherir los cajones a los cables.

MADERA CHILENA: Toda madera con excepción del eucalipto.

MAESTRA: Galería horizontal de la mina.

MANYÉ: Refrigerio que llevan los mineros en la mina. Consiste en un pan y una charra de café.

MAPOCHO: Derivación de varios arranques alimentadores de aire comprimido.

MARCONA: Viga horizontal de madera sujeta por dos postes en sus extremos para asegurar o afirmar el cerro.

MAYORDOMO: Empleado que tiene a su cargo la vigilancia de las faenas en cada sección de la mina.

MEDIA HOJA: Las partes semiinclinadas de la mina.

MEQUERO: Estructura que permite depositar carbón en ambos lados de una correa central.

MONO: Polea que hace girar los cables que conducen los cajones en que existen curvas.

PACO: Operario que vigila el tránsito de los convoyes de cajones en las vías principales

PALMERA: Sistema de postes hidráulicos para sujetar las estructuras.

PARTIDA: Piquete de mineros. Consta de un maestro minero y uno o dos ayudantes.

PATA: Pieza que sirve como puntal trasero a la máquina circadora y que se afirma en un poste mientras éste funciona.

PATO: Cuña de madera para detener momentáneamente un carro.

PELADILLA: Sistema anormal de sacar carbón aprovechando sólo el suelto, sin profundizar.

PERRO: Aparato que se usa para facilitar la entrada a los caminos de los carros que se han descarrilado.

PICADO: Minero que no ha terminado su labor y que se queda sin trabajar en el interior de la mina ("me piqué" o "estoy picado").

PICADURA: Hueco en el techo producido al caer tosca en forma imprevista.

PIQUE: Galería vertical.

PIRCA: Muralla levantada con tosca grande

- para sostener el relleno que juntos conforman el paquete.
- PORTERO:** Operario encargado de vigilar que se mantengan cerradas las puertas para impedir que se pierda el aire.
- PORUNA:** Aparato de forma cóncava hecho de asta de buey que usaban antiguamente los mineros para botarse el sudor del cuerpo.
- PRISIONERO:** Perno que fija la herramienta cortadora de la circadora.
- RANA:** Pieza especial de madera que se coloca encima de los rieles cuando se desea detener un cajón en su carrera.
- RATONERA:** Lugares de trabajo muy estrechos. Galerías sucias y estrechas.
- REVUELTA:** Galería por donde vuelve el aire viciado al exterior.
- RONA:** Detención del trabajo debido a un imprevisto.
- RONERO:** Operario poco cuidadoso en el manejo de los equipos o herramientas propenso a producir rona.
- RUN DE HOUSE:** Sobre avance de un frente que sirve para ubicar las máquinas.
- SACAR LA DA:** Completar la tarea asignada en el frente de carbón (trabajo del barretero).
- SANTIAGO:** Implemento formado por dos brazos y un tomillo central que sirve para curvar o enderezar rieles.
- SOSROCHO:** Aire enrarecido con gases y humo del disparo.
- TEN-TEN:** Poste que se coloca en medio de los laboreos en caminos para sujetar alguna viga (voz mapuche; significa "los cerros mitológicos").
- TECLE:** Implemento para levantar objetos pesados.
- TIRO:** Perforación que hace el barretero o contratista para colocar el explosivo que se utiliza para facilitar la extracción del carbón u otros trabajos.
- TORO:** Trozo de madera colocado sobre la canoa transportadora y que regula la velocidad de desplazamiento de la misma.
- TRABAJAR A PELO DE YERBA:** Trabajar la veta sin haberla circado.
- UÑA:** Herramienta que se usa para extraer los clavos de los durmientes de las líneas.
- VETA:** Manto de carbón, la parte útil del mineral.
- VIENTO BLANCO:** Nombre que se le da al monóxido de carbono.
- VIENTO MALO:** Atmósfera enrarecida por gases nocivos.
- VIRELO:** Eje de fierro que se coloca en un relleno de polea.
- WINCHE:** Máquina con un cable de acero que sirve para arrastrar los convoyes.
- ZAPATO:** Fortificación provisoria.
- ZORRA:** Cama y ruedas de un cajón carbonero fuera de uso.

- 1 Testimonio del músico Luis Alberto Barra Faúndez, que también fue arrenquin de mayordomo, huachero, contratista, señalero y camillero, y como si fuera poco, tocó en la banda del circo, trabajando además de herrero y calderero.

Pág. 6

- 2 Testimonio del caballerizo Esmeraldo Espinoza, de 71 años de edad, 40 veces abuelo y 8 veces bisabuelo, que también se desempeñó como apir y cabo, jubilando como barretero.

Pág. 10

- 3 Nuevos testimonios de Luis Alberto Barra Faúndez, donde narra cómo era la vestimenta de la época de su juventud, y el jolgorio cuando se producía el pago de los tres meses, y el deporte de los cuchilleros, y las peleas a combo limpio en el muelle viejo.

Pág. 13

- 4 Versión de caballerizo Esmeraldo Espinoza, donde cuenta los entretelones de ese trabajo en el fondo de la mina y habla de "El Guindo" y "El Ce-rezo". Los dos matungos cuando fueron sacados de nuevo a la superficie estaban hechos una ruina.

Pág. 17

5.

Nuevo testimonio de Luis Alberto Barra Faúndez, cuando recuerda los años de la Academia Racionalista y la chuecura de los dirigentes de la Federación del Trabajo, que dividieron a los obreros del carbón haciéndoles el juego a los señores feudales de la Compañía.

Pág. 20

6

Testimonio del ingeniero de minas Santos Galindo, en que narra la emoción que tuvo cuando fue jefe en el mismo pique en que su padre era obrero y que lo educó con gran sacrificio para que recibiera su título universitario y cómo 3.000 mineros aprendieron la o redonda y ahora leen y escriben de corrido y no hay quién los pare.

Pág. 28

7

Testimonio colectivo de viejos mineros jubilados. Hablan del diablo y otras apariciones en medio de risas y bromas.

Pág. 41

8

Testimonio de María Inostroza, en que cuenta la discusión que tuvo con un uniformado que montaba un caballo blanco y cómo se burlaban de los soplonos organizando reuniones en el campo en plena represión mientras por encima de sus cabezas pasaban los aviones sapos de la tiranía.

Pág. 45

9

Testimonio de Hugo Rojas, superintendente de minas, en que da muchas luces sobre el destino del carbón anunciando una reserva de 90 millones de toneladas y el nuevo plan de expansión de ENACAR.

Pág. 51

10

Testimonio de Leonila Aravena Chamorro, hablando de la solidaridad humana con los cesantes del 47, recordando también las varaciones de la merluza en la huelga de Playa Blanca.

Pág. 56

11

Testimonio de Omar Sanhueza, presidente del Sindicato de Lota, que por ser hijo de obrero fue eliminado de la escuela y no pudiendo ser maestro como era su vocación y por el hecho de tener un poco de letra salió en defensa de sus compañeros denunciando injusticias, robos y atropellos.

Pág. 64

Diccionario de vocablos mineros.

Pág. 70

EL AUTOR: Alfonso Alcalde, 52, tiene una amplia trayectoria como reportero, libretista radial, guionista de TV y cine, collagista, poeta, cuentista y novelista.

**NOSOTROS
LOS
CHILENOS**

N.º 37

Publicación quincenal

Eº 24.—

22 de marzo de 1973.

© 39.748.

Director: Hans Ehrmann.

Asesor: Mario Vergara.

Documentalista: Hebert Corbo.

Diseño: Patricio de la O

Fotografías: Pool Fotográfico y Depto. de Documentación de Quimantú.

Secretaría de la Redacción: Vinka Zamorano.

Editora Nacional Quimantú

Avda. Santa María 076, Casilla 10155

Teléfono 391101

SANTIAGO DE CHILE

NOSOTROS LOS CHILENOS

VOLUMENES PUBLICADOS:

1. Quién es Chilo.
2. Así Trabajo yo, tomo I.
3. La Lucha por la Tierra.
4. Historia del Cine Chileno.
5. Así Trabajo yo, tomo II.
6. Yo Vi Nacer y Morir los Pueblos Salitreros.
7. Así Trabajo yo, tomo III.
8. Los Araucanos.
9. Chiloé, Archipiélago Mágico, tomo I.
10. Chiloé, Archipiélago Mágico, tomo II.
11. Historia de las Poblaciones Callampas.
12. Así Trabajo yo, tomo IV.
13. Pintura Social en Chile.
14. Historia de la Aviación Chilena.
15. Los Terremotos Chilenos, tomo I.
16. Los Terremotos Chilenos, tomo II.
17. Geografía Humana de Chile.
18. Así Trabajo yo, tomo V.
19. Niños de Chile.
20. Las Grandes Masacres.
21. Islas de Chile.
22. La Mujer Chilena.
23. Comidas y Bebidas de Chile.
24. Viaje por la Juventud.
25. La Antártida Chilena.
26. La Nueva Canción Chilena.
27. El Movimiento Obrero.
28. Caricaturas de Ayer y Hoy.
29. Los Fusilamientos.
30. La Emancipación de la Mujer.
31. Grandes Deportistas.
32. Los Bomberos.
33. Leyendas Chilenas.
34. Así Trabajo yo, tomo VI.
35. Poesía Chilena.
36. Los Inventores Obreros.
37. Reportaje al Carbón.